

TRES HERMANAS
(drama en tres actos)

Javier Rey de Sola

PERSONAJES:

Cordelia *(la mayor)*

Anaís *(la mediana)*

Perla *(la pequeña)*

ACTO PRIMERO

(Salón burgués, con los elementos tradicionales de siempre, tales como sofá –frontal al patio de butacas–, sillones, mesita delante con cenicero y algunas revistas. Lámparas distribuidas de manera convencional que iluminan adecuadamente el sitio. Cuadros sin especial relieve en las paredes. En la esquina derecha del proscenio, junto al mueble bar, la televisión y algún aparato de reproducción de films. Puertas a ambos lados: la de la izquierda conduce supuestamente al interior de la vivienda, donde estarían los dormitorios, etcétera, mientras que la de la derecha, a continuación del mueble bar, daría a un pasillo o hall enfilando la puerta de la calle. Ventana al foro, con visillos y cortinas corridos. Todo limpio, correcto. Pero se percibe inconscientemente una atmósfera como de “tiempo pasado”, quizá proveniente de los

muebles, que habrían sido modernos décadas atrás, pero que ahora desentonan por su diseño extemporáneo. Es tarde-noche. El punto de vista es el del espectador.

Al levantarse el telón, sale por la puerta de la izquierda una mujer en elegante bata de casa. Unos cincuenta años. Morena, buena figura, pero luce desmejorada. Se mueve vacilante y lleva un vaso que, cuando se sienta en el sofá, coloca en la mesita. Hojea lánguidamente una revista, mientras da pequeños sorbos de vez en cuando. Es CORDELIA, la hermana mayor. Al oírse pasos en el interior del piso, se pone visiblemente nerviosa. Casi al instante, y por la misma puerta, aparece ANAÍS, la hermana mediana, vestida para salir. Un año o dos menor que la otra, aunque parece mejor conservada o quizá, simplemente, disfruta de plena salud. Aire de eficiencia. Mira su reloj de pulsera. Tiene prisa.)

ANAÍS: (A su hermana.) Llego tarde... ¿Quieres que te traiga algo a la vuelta? Todavía estarán abiertos los comercios.

CORDELIA: No, gracias.

ANAÍS: (*Indecisa.*) Mira, intentaré venir a cenar... A ver si soluciono cuatro cosillas que me han quedado pendientes. Qué fastidio tener que viajar mañana. (*Con ternura.*) Me hubiera gustado que esta última tarde...

CORDELIA: No te preocupes.

ANAÍS: Te convendría que te diera el aire. Dice el médico...

CORDELIA: Sé lo que dice el médico.

ANAÍS: (*Sin querer porfiar.*) Bueno... Pero llámame si necesitas algo. (*Lanza a su hermana una última mirada aprensiva y desaparece.*)

(*CORDELIA abandona la revista sobre la mesa y permanece absorta unos minutos, al cabo de los cuales, sin hacer ruido, entra, también por la puerta de la izquierda, PERLA, la pequeña. No se diferencia tanto en edad de sus hermanas, pero su aspecto es considerablemente más joven, si bien podemos percibir en ella cierta turbiedad, que a su vez le confiere su atractivo.*)

CORDELIA: (*Sobresaltándose.*) Me has asustado...

PERLA: Perdona... ¿Se ha marchado Anaís?

CORDELIA: Hace un momento.

PERLA: ¿Vendrá para cenar?

CORDELIA: No lo sabe.

PERLA: Me gustaría que avisara. Tampoco le costaría tanto.

CORDELIA: Casi seguro que cene con su jefe. Dice que le quedan por arreglar unos detalles.

PERLA: Dichoso viajecito. Dejándolo todo para el final, como siempre.

(Silencio.)

PERLA: ¿Cómo te encuentras?

CORDELIA: Perla, ¿sabes las veces que me has preguntado lo mismo hoy? Y lo mismo ayer, y el otro día...

PERLA: Me preocupo por ti. ¿Tan malo es?

CORDELIA: Te lo agradezco. Pero es hora de que mis hermanitas me dejen tranquila.

PERLA: *(Ácida.)* Si te hubiéramos dejado tranquila, ahora mismo no estarías ahí sentada. Y los desatinos que pudiste decir en el hospital, acusándonos quién sabe de qué...

CORDELIA: *(Con cansancio.)* ¿Cuánto tiempo me lo vais a recordar?

PERLA: El tiempo que tardes tú en olvidarlo. *(Se sienta junto a ella, con intento de acercamiento.)* He

hablado con Anaís y opina igual. Mañana o, como mucho, pasado, saldremos a la calle. Hay que aprovechar que todavía no hace frío.

CORDELIA: Qué pesada te pones, Perlita.

PERLA: Verás las cosas de otra manera. No te imaginas qué otoño más bonito. El parque está lleno de hojas y... *(Se interrumpe, al comprobar que su hermana no atiende.)* ¿No me escuchas? ¿Sigues dándole vueltas?

CORDELIA: No puedo evitarlo. Me viene sin querer a la cabeza.

PERLA: Cada vez que pienso la tontería que hiciste, siento escalofríos. Afortunadamente, Anaís llegó a tiempo...

CORDELIA: Hubiera sido mejor que no me descubriera.

PERLA: No digas eso. *(Le acaricia el antebrazo.)* No volverá a ocurrir jamás, te lo prometo. Comprendo que todavía estés afectada. Es normal. Pero sería una mala hermana si no te dijera...

CORDELIA: *(Viva.)* ¡Sé lo que me quieres decir! Me lo habéis repetido un millón de veces. Que no volverá... Es eso, ¿no? Que Julián me utilizó, que se rió de mí. Y que luego se marchó... Y que no me hará siquiera una llamada. ¿Piensas que no lo sé? No necesito que nadie me lo recuerde. *(Con dolor.)* Tuvo que saber que estuve

hospitalizada... ¿No crees que alguien se lo diría? Pero es igual. Sé que no me llamará. Puedo estar aquí sentada, día tras día, sin atreverme a salir por si suena el teléfono, pero dará lo mismo...

PERLA: (*Compadecida.*) Cordelia...

CORDELIA: Al final, lo he llegado a comprender. Pero no vuelvas a mencionarlo. Es mi vida. Y si he sido estúpida, es justo que lo pague. Estoy cansada de que, cada día, de una u otra forma, Anaís o tú me lo echéis en cara. Basta, por favor.

PERLA: Lo único que queremos es que olvides.

CORDELIA: ¡Olvidar! ¿Crees que, por mal que me haya ido, por desafortunada que haya sido mi experiencia, quiero olvidar? ¿Te has parado a pensar que es el recuerdo el que me ha salvado? ¿El que me mantiene viva? Sé que me equivoqué... (*Le brillan los ojos.*) Aunque esa tarde, cuando Anaís me encontró en el baño, cubierta de sangre, no pensaba así... En realidad, no pensaba... Sólo sentía... Ahora pienso y recuerdo... No volveré a hacer nada parecido, tranquilízate. Pero si quiero seguir viviendo, y te aseguro que lo quiero con todas mis fuerzas, tengo que aferrarme a su recuerdo...

ANAÍS: Te hará daño...

COFDELIA: (*Reflexiva.*) La memoria es extraña. Los recuerdos, poco a poco, sin darnos cuenta, se van

modificando. No significa que los falseemos, sino que, al pasar el tiempo, y fíjate que no ha pasado casi nada, cambia también la perspectiva y, precisamente, lo que nos hirió se termina convirtiendo en nuestra tabla de salvación. ¿Lo comprendes?

PERLA: Creo que sí.

CORDELIA: Me parece que no. Pero no importa. (Se *rehace*.) Sé que habéis estado enormemente preocupadas. Debería compensaros.

PERLA: No nos debes nada. Somos tus hermanas.

CORDELIA: Al contrario, os debo mucho. Pero tendréis que tener todavía un poquito de paciencia conmigo. Me hago la fuerte, pero...

PERLA: Mira Cordelia: si algo sobra en la vida, son hombres.

CORDELIA: (*Nostálgica*.) No sería como él...

PERLA: (*Irritada*.) Pues ¿qué tenía de especial? ¡Era como todos! Egoísta, vanidoso... ¡Vulgar por todos sus poros!

CORDELIA: No hables así...

PERLA: Ya sé que te gustaba...

CORDELIA: Era más que eso. Era...

PERLA: Sé lo que era.

CORDELIA: No creo que lo sepas.

PERLA: (*Cediendo.*) He hablado por hablar. Tú eres la única que podía saberlo. Al principio, lo tengo que reconocer, parecía amable, cuidadoso, quizá no muy inteligente, pero (*con sonrisa*) quién quiere eso en un hombre...

CORDELIA: No seas grosera.

PERLA: Yo me sentía culpable.

CORDELIA: ¿Culpable? ¿Por qué?

PERLA: Yo lo traje a casa. Fue un error.

CORDELIA: (*Dulce.*) Un error, no...

PERLA: Me pareció que no hacía ningún mal. A mí siempre me ha gustado bailar. Él estaba allí, tomándose su whisky... Le invité a salir a la pista. (*Risa.*) Se podría haber ganado la vida de cualquier manera, menos bailando. Luego, seguimos coincidiendo. Le pregunté por qué venía, si nada más permanecía en su mesa, bebiendo. Me contestó que le gustaba el ambiente, ver bailar. Y que cualquier noche aparecería la mujer de su vida. Me reí.

CORDELIA: Sé lo que dijo. Entre tú y él me lo habéis contado miles de veces. A Anaís también le cayó bien desde el principio. Le daba pie, le reía las gracias...

PERLA: Gracias, pocas. Era de lo más previsible. Tú, al principio, no salías de tu habitación. Ni que hubieras hecho una promesa...

CORDELIA: Hice una promesa.

PERLA: (*Con sorpresa.*) ¿Sí?

CORDELIA: Deberíais haberlo adivinado. Yo era la más vulnerable de las tres... como se terminó demostrando. (*Muy seria.*) La única que se enamoró de él. Qué niñería, ¿verdad? La primera vez que pisó esta casa y me lo encontré sentado en este mismo sofá, entre vosotras dos, le vi tan guapo y me miró de esa manera...

PERLA: (*Desabrida.*) Sé muy bien cómo miraba.

CORDELIA: ... que tuve que salir corriendo. Luego me dio mucha vergüenza, qué habría pensado. Pero no me atreví a volver a entrar. Figúrate: en menos de un segundo, me había enamorado de él... ¿Te parece posible?

PERLA: Naturalmente.

CORDELIA: Oía desde mi cuarto el murmullo de vuestra conversación, y me daba una rabia espantosa. Vosotras ahí, charlando tranquilamente, y yo sin atreverme a hacer acto de presencia, a pesar de tantísimo como lo deseaba.

PERLA: No habría importado para nada que te dejaras ver.

CORDELIA: Lo habría hecho. Con una persona que me diera igual. Pero con él, sólo de pensarlo me temblaba todo el cuerpo.

PERLA: Él preguntaba por ti. Le intrigaba que, cada tarde con un pretexto distinto, no salieras.

CORDELIA: Qué tonta fui... Al final, me armé de valor y tomé una decisión, que a la vista de lo que pasó no sé si fue buena o mala. Debería estar arrepentida y no lo estoy.

PERLA: Hiciste lo más normal del mundo.

CORDELIA: Ya lo sé. Pero entonces me pareció tremendo. Llegué a pensar que se burlaría. Y si no él, vosotras...

PERLA: *(Con cariño.)* ¡Cordelia...!

CORDELIA: Fue la única vez que me puse aquel vestido...

PERLA. Cuando saliste por esa puerta *(la señala)*, Anaís y yo nos quedamos con la boca abierta. Él también, naturalmente. Anaís y yo nos volvimos invisibles. A partir de ese momento, sólo tuvo ojos para ti.

CORDELIA: *(Halagada.)* No es verdad...

PERLA: Sabes de sobra que sí.

CORDELIA: Tuvisteis la elegancia de desaparecer. Pero ni Julián ni yo nos dimos cuenta.

PERLA: Estabas preciosa.

CORDELIA: A él, por lo visto, le gusté. Salimos. Volvimos a las tantas...

PERLA: Se enamoró de ti. Luego, pasó lo que pasó. Él se sentiría...

CORDELIA: *(Arruga la frente.)* Ya lo sé: atrapado. Acostumbrado a ser libre, y una pobre mujer como yo

pretende que olvide su anterior vida, llena de diversiones y placeres...

PERLA: (*Ríe.*) No tantas diversiones, te lo aseguro. Aunque los hombres son así. No te lo tomes tan a pecho.

CORDELIA: ¿Tú crees que así son todos?

PERLA: Habrá sus excepciones. Pero dale al más infeliz corderillo la oportunidad de traicionar a su mujer, una auténtica oportunidad, me refiero, de esas que les hacen babear, y ya me contarás qué hace.

CORDELIA: Tú tienes que saberlo. Nunca te han faltado pretendientes...

PERLA: ¿Pretendientes? No seas antigua.

CORDELIA: Llámales como quieras. (*Como para sí.*) ¿Se cansó Julián de mí? Bueno, está claro... Pero me pregunto si se habría cansado de cualquiera. (*Con cierta intensidad.*) ¿Se habría cansado de ti, por ejemplo?

PERLA: (*Áspera.*) ¿Por qué dices eso?

CORDELIA: O de Anaís. ¿Qué crees que pasó en realidad?

PERLA: (*Intentando frivolizar.*) Pasó que eres boba y que no le des más vueltas. Ea, quiero ver la tele. (*Se levanta hacia el aparato.*)

CORDELIA: Te molesta la conversación...

PERLA: (*Se detiene.*) Lo que me molesta... Perdón, molestar no es la palabra. Lo que no quiero es que vuelvas

a sufrir. Julián fue un imbécil y se acabó. No va a encontrar nunca, ni de lejos, nada parecido a ti.

CORDELIA: (*Conmovida.*) Gracias. Pero seguro que hay muchas mujeres superiores a tu hermana. Más guapas o vistasas. Más valientes, más decididas. Y sobre todo, que sepan retener a un hombre.

PERLA: (*Con humor.*) En cuanto a lo de retener a un hombre, estamos a la par. Yo, a pesar de los “pretendientes” (*pronuncia con retintín esta palabra*) que he tenido, tampoco lo he logrado. Tú, al menos, has estado a punto.

CORDELIA: Por eso me pregunto qué falló.

PERLA: (*Un poco harta.*) ¿Ponemos la tele?

CORDELIA: (*En sus trece.*) Tuvo que ser otra mujer...

PERLA: ¿Y qué? También a ésa la dejaría. Julián era tan inconstante, tan voluble... ¡He conocido a tantos así! Luego dirán de las mujeres.

CORDELIA: Ése era parte de su encanto. Pensé... ¿sabes qué pensé? (*Se sonroja.*) Que hasta encontrarme a mí, nadie le había comprendido. Que estaba sediento de amor y de cariño. El amor que yo podía darle. Que el ir, noche tras noche, a la discoteca, para trabar relaciones superficiales y beber, no era más que un escapismo. Que en realidad buscaba desesperadamente alguien que le quisiera. Y que ese alguien podía ser yo... Cuando vino a

casa, y mientras os oía charlar desde mi cuarto, os odiaba. Perdóname, sé que no tenía razón... Pero entonces suponía que ni Anaís ni tú le comprendíais, que sólo yo podía darle el amor que buscaba sin saberlo. Y que había sido el destino el que le había conducido a nuestra casa... *(Súbitamente ansiosa.)* ¿Verdad que no te molesta lo que digo? ¿Verdad que no te ofendo?

PERLA: ¿Ofenderme? Nunca me he molestado en entender a los hombres? Para mí, son un pasatiempo. No me interesa ir más allá de su epidermis. He conocido a muchos y ninguno merecía la pena.

CORDELIA: No te creo. Alguno te ha tenido que interesar.

PERLA: *(Que no le gusta el sesgo que toma la conversación.)* No quiero seguir hablando de esto.

CORDELIA: Pero alguna vez has tenido...

PERLA: *(Irritada.)* ¿Me quieres dejar en paz?

(Silencio. CORDELIA se retrae.)

PERLA: *(Pasa un brazo por los hombros de su hermana.)* Perdóname. Lo que ocurre es que no me apetece recordar. *(Suspira.)* Es cierto que una vez, hace mucho...

CORDELIA: No me cuentes, si no quieres...

PERLA: Si no me importa... (*Evocando.*) Todavía vivían papá y mamá. Papá ya estaba enfermo y mamá iba por la casa como alma en pena, aburriéndonos con lo que haría cuando papá faltara. Yo creo que papá la tenía que oír desde la cama... Se lo dije a mamá, pero le dio lo mismo. Pobre papá...

CORDELIA: Eras su preferida.

PERLA: No voy a negarlo... Siento que le decepcioné al final, y que no le atendí como debía, como él esperaba, pero tenía un motivo que entonces me parecía importante y que ahora me da risa. Me había enamorado... Ríete porque es de risa. (*La hermana no lo hace.*) Era un compañero de trabajo. (*Su relato oscila entre la añoranza y el cinismo.*) Nunca te enredas con un compañero de trabajo. Me atrevería a aconsejarte que con nadie. Él seguía la ruta, vendiendo aquellos horribles neumáticos de olor tan espantoso que casi me hacían vomitar. A veces, de las arcadas que me daban, me costaba atender hasta el teléfono.

CORDELIA: Me acuerdo. Qué mal lo pasabas.

PERLA: Cada viernes, él aparecía en la oficina y rendía cuentas de su trabajo semanal. No tenía prisa en irse. Me daba conversación. Comenzó a esperarme a la salida. Me acompañaba a casa. Un sábado, acepté su

invitación. Fuimos al cine. El domingo, me llevó a pasear por la alameda...

CORDELIA: Papá preguntaba por ti. Yo le mentía, diciéndole que te habían llamado de urgencia del trabajo.

PERLA: ¿Lo sabías, entonces?

CORDELIA: No sabía nada. Pero tenía celos.

PERLA: ¿Celos?

CORDELIA: Quería estar sola con papá. Por eso te dejé mi collar y mi rebeca. No me importaba con quién fueras y ni siquiera lo pensé. Lo único que deseaba era que papá me hablara como hacía contigo, con ese tono tan especial que habría dado yo lo que fuera porque lo empleara conmigo. O estar en silencio a su lado. Anaís estaba todo el día de mal humor. Me pregunto qué le pasaba, como no fuera que comenzaba a trabajar... Perdona, te interrumpo...

PERLA: Seguimos saliendo. Yo me sentía cada vez mejor con él y más extraña en casa. No soportaba la angustia de mamá, su desesperación...

CORDELIA: Papá se moría...

PERLA: (*Cruel.*) El día que yo me muera espero no hacer aspavientos y que nadie los haga por mí. Era inaguantable ese ambiente de agonía, de luto anticipado... Yo me ahogaba. Y como contraste, había alguien fuera de estas paredes, que se interesaba verdaderamente por mí...

CORDELIA: Pero papá y tú...

PERLA: Me refiero a un interés real. Será malo ser la mayor, no te lo niego. Pero ser la pequeña tampoco es muy envidiable. Siempre alegre, siempre de buen humor... Aunque por dentro me llevaran los demonios. En ocasiones, me daban ganas de gritar. *(Pausa.)* Ese compañero...

CORDELIA: ¿Cómo se llamaba?

PERLA: Lo he olvidado.

CORDELIA: No es cierto.

PERLA: ¿Para qué quieres saberlo?

CORDELIA: Con un nombre, se hace más real.

PERLA: *(Con alguna resistencia.)* Alfredo. *(Suspira.)*
No he vuelto a pronunciar su nombre desde...

CORDELIA: ¿Cómo era? Físicamente, me refiero.

PERLA: ¿Me creerás si te digo que apenas me acuerdo?

CORDELIA: *(Festiva.)* No.

PERLA: Solía llevar un traje gris. Y cuando salíamos los fines de semana, lo cambiaba por otro más oscuro. Tenía la coquetería de ponerse un clavel rojo en la solapa. Fíjate qué ordinariez. Aunque entonces, ten en cuenta la edad que yo tenía, me parecía un detalle del mejor gusto...

CORDELIA: ¿De qué color tenía los ojos?

PERLA: No me acuerdo.

CORDELIA: Vamos...

PERLA: Está bien... Los tenía pardos.

CORDELIA: ¿Y el pelo? ¿De qué color tenía el pelo?

PERLA: Era moreno.

CORDELIA: ¿Y cómo se peinaba?

PERLA: Qué interés más absurdo... ¿Crees que, a estas alturas, no le tengo requete olvidado?

CORDELIA: *(Risueña.)* Claro que no.

PERLA: *(Cediendo.)* Raya en medio... ¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

CORDELIA: Nadie ya se peina así.

PERLA: No estés tan segura...

(Ríen.)

CORDELIA: ¿Y qué cara tenía?

PERLA: La de todos. *(Vuelven a reír.)* Nariz recta, no muy grande, labios finos y destacaban un poco los pómulos. Y su sonrisa. Pero lo mejor era la mirada. Cuando te miraba... *(De repente, se harta.)* Bueno, vale ya.

CORDELIA: No me has dicho cómo era de alto.

PERLA: Bastante más que yo. Me sacaba la cabeza.

CORDELIA: Te gustaba...

PERLA: Claro, ¿no te lo he dicho?

CORDELIA: Y él...

PERLA: (*Se cruza de brazos.*) No pienso seguir contestando a tus preguntas.

CORDELIA: (*Vacilante.*) ¿Llegó a pedirte...?

PERLA: (*Después de una pausa más o menos larga.*) Me lo pidió, sí.

CORDELIA: ¿Y qué le dijiste?

PERLA: Cuando un hombre te pide eso, y ese hombre te gusta, entérate, sabes que antes o después aceptarás.

CORDELIA. ¿Y dónde fue?

PERLA: Dónde fue ¿qué?

CORDELIA: Eso...

PERLA: (*Enciende un cigarrillo. Da unas caladas impacientes. Siente la pulsión de seguir contando.*) No sé si te acordarás de ese hotel, detrás de la Catedral...

CORDELIA: ¿Allí? Pero si era un sitio espantoso...

PERLA: Dímelo a mí... Yo, al ver esas escaleras empinadas y el olor que había en el portal, sentí miedo y me negué a subir. Él me tranquilizó, qué sinvergüenza. Una mujer nos dio la llave de la habitación. No sé qué era más horrible, si la mujer, las escaleras... La habitación estaba en un pasillo largo, muy oscuro, sólo había bombillas en los extremos...

CORDELIA: A mí me habría dado pavor...

PERLA: La primera vez no me gustó...

CORDELIA: ¿Fuisteis varias?

PERLA: *(Asintiendo.)* Estaba tremendamente nerviosa... Y tampoco él se esforzó mucho que digamos. Pero las siguientes quizá fuera peor porque, pasado el choque del principio, podía fijarme en los detalles. Qué sordidez, que suciedad disimulada. Pensar que allí, sobre esa misma cama, se habían acostado tantas personas, algunas quizá poco antes de que entráramos nosotros... *(Calada al cigarrillo.)* Si hubiera sido ahora, me habría negado en redondo o, al menos, habría puesto mis condiciones. No era mucho lo que yo necesitaba, lo que cualquier mujer: un poco de poesía, delicadeza... Llámalo como quieras. Pero yo era casi una niña, estaba a punto de cumplir los dieciocho...

CORDELIA: Eras menor...

PERLA: No me vas a venir con el cuento de que abusó de mi inocencia... Fui plenamente consciente. Aunque para mí esos ratos no tuvieron nada de divertidos. Un trámite, como fichar en la oficina. *(Súbitamente incómoda.)* Oye, ¿por qué tenemos que estar hablando de esto?

CORDELIA: ¿Qué más pasó?

PERLA: Qué importa. A estas alturas, qué más da.

CORDELIA: *(Rogando.)* Perlita...

(Pausa larga.)

PERLA: (*Ronca.*) Hay cosas que no se olvidan nunca.

CORDELIA. El primer amor...

PERLA: O el primer revolcón.

CORDELIA: Qué bruta eres.

PERLA: (*Calada.*) Yo pensé que me tenía que comportar como lo hacía. No quería que él pensase... Hoy o, sin ir más lejos, poco después, todo habría sido diferente... Pero nadie nace enseñado, ¿no? El caso fue que, antes de dos meses, noté...

CORDELIA: (*Con los ojos como platos.*) No me digas que...

PERLA: (*Con desenvoltura impostada.*) De tanto visitar el hotelito, había surgido un imprevisto... Cuando se lo conté, se puso pálido como el papel. Estábamos en la terraza de la avenida Principal. Dijo que no podía ser, que era imposible... Que tenía que estar equivocada. Imbécil. Justo en ese momento, como un rayo, al ver su egoísmo, me di cuenta de que no le quería, de que no le había querido nunca y de que jamás podría llegar a nada con él. De que tampoco él me amaba, y que me había comportado como una idiota. También supe que estaba sola, más sola que en ningún momento de mi vida, y que nadie en todo el mundo se haría cargo de mi problema, que no podía esperar ayuda fuera de mí misma...

CORDELIA: (*Impresionada.*) ¿Por qué no dijiste...?

PERLA: (*Con rabia.*) ¿A quién? ¿A mamá? (*Un bufido.*) Valiente ayuda que me habría prestado. Sabes cómo era. Habría gritado, me habría llamado de todo, me habría pegado... Seguramente, me habría arrojado de casa. Recuerda que papá estaba a punto de morir, y que mamá se sentía obligada a ese teatro, entrando y saliendo de las habitaciones. No podía ni por asomo mencionar el tema. Cuanto más, esperar alguna solución...

CORDELIA: ¿Y nosotras? ¿Anaís y yo...?

PERLA: (*Sin demasiada acritud.*) Contéstate tú misma. Intenta pensar cómo erais entonces. Tú, preparando tus oposiciones. Absorbida en tus apuntes de la mañana a la noche. Y Anaís, tan responsable, tan inteligente, tan por encima del bien y del mal, que comenzaba a dar sus primeros pasos en la empresa...

CORDELIA: (*Despacio.*) Me da mucha pena que nos vieras así. Con mamá no había que contar, estoy de acuerdo. (*Baja la cabeza.*) Y quizá con nosotras tampoco. Si no hubiéramos sido tan jóvenes. O sólo con que hubiéramos podido mantener una conversación como la que mantenemos ahora...

PERLA: (*Le acaricia la mano.*) No te culpes. (*Apaga el cigarrillo.*) Las cartas hay que jugarlas según vienen. Es lo que aprendí. Lo que habría dado, sí, porque hubiera habido

mejor comunicación entre nosotras. Ya no para que me dierais la razón o me justificaraís, sino, simplemente, para poder contarlo, aunque me echarais en cara mi falta. Para no sentirme tan sola...

CORDELIA: (*Verdaderamente apenada.*) Ni siquiera podíamos sospechar... Y ahora... ahora ya no se puede hacer nada. Cuánto lo siento... (*Con curiosidad, a pesar de todo.*) ¿Y... y cómo fue? ¿Qué hiciste? (*Se arrepiente.*) Mejor, no digas nada... Ya no tiene remedio...

PERLA: (*Saltando, inopinadamente.*) ¿Tampoco ahora queremos saber? (*La hermana se sobresalta.*) ¡Igual que entonces! ¡Siempre escondiendo la cabeza bajo el ala! ¡Tú, Anaís y toda la familia! ¡Pues que sepas que, para mí, sigue teniendo la misma realidad! ¡Nunca, nunca, nunca, en ningún momento he olvidado! ¡No he podido, entérate! ¡Ni un solo día he dejado de pensar...! (*Enciende otro cigarrillo. Le tiemblan mucho las manos.*)

(*Larga pausa.*)

CORDELIA: (*Cohibida.*) Perlita...

PERLA: (*Tarda un rato en responder.*) Perdóname, no sé qué me ha pasado... (*Se restaña apenas una lágrima de la comisura del ojo.*) ¿Qué importancia puede tener,

después de tanto tiempo? Treinta años es suficiente para que nada de lo que haya ocurrido te afecte.

CORDELIA: *(Con cautela.)* ¿Él... no te ayudó?

PERLA: *(Todavía alterada.)* ¿No te he dicho que no? ¿Cuándo un hombre ha servido para algo? ¿Por qué estás tú así? ¿Quién te lo ha hecho? ¡Te lo ha hecho un hombre! Nos utilizan y sólo nos quieren para darse placer. ¡Y para satisfacer su vanidad! Pero cuando surge un problema y los necesitas, no hay nada más cobarde sobre la tierra.

CORDELIA: Yo... no estoy segura de pensar así.

PERLA: Pues, hija, a tu edad todavía te esperan muchos desengaños.

(Pausa.)

CORDELIA: ¿Volviste a saber de él?

PERLA: *(Con áspero regocijo.)* Claro que sí... El negocio comenzó a ir mal. A él le despidieron y desapareció de la circulación. Un día, me telefoneó. Por su voz, me pareció que había bebido. De lo contrario, dudo mucho... Dijo... dijo que estaba arrepentido, que lo había pensado mejor. Que la distancia le había hecho reflexionar. Me pidió otra oportunidad...

CORDELIA: ¿Y qué le dijiste?

PERLA: Ya no era la misma. Le contesté que sí, que muy bien. Se sorprendió, pues había creído que le guardaba rencor. Tenía razón el infeliz. Pero me propuse disimularlo. De entrada, me quise divertir un poco. Luego, si podía, me vengaría.

CORDELIA: Me parece que no quiero seguir oyendo...

PERLA: (*Sin hacerla caso.*) Nos citamos. Él esperaba verme... no sé... fea, pero se encontró justo lo contrario. Yo había ganado en atractivo, no sabes lo que puede hacer el sufrimiento. Bueno... sí lo sabes. (*Su mirada se nubla.*) Tuve que hacer un esfuerzo para seguir fingiendo. Se me volvió a echar encima todo y a punto estuve de arruinar mi idea. Pero ya conoces a tu hermana: (*retórica*) fuerte como un roble e inasequible al desaliento. Él también parecía otro, apocado, ruin, pero era porque yo le veía por primera vez como era en realidad... De haber sido más inteligente, se habría dado cuenta de que algo no marchaba. Le dejé hablar. La sarta de majaderías que pudo decir. (*En falsete.*) "Te he echado de menos", "me doy cuenta de que te amo", "sin ti, mi vida no tiene sentido"... Todo tópicos y lugares comunes. Casi suelto la carcajada. Me dio lástima; no pena, sino lástima. ¿Entiendes la diferencia? Y le desprecié aún más.

CORDELIA: Prefiero que no sigas...

PERLA: (*Con ligera saña.*) Sólo queremos oír cosas bonitas, ¿eh? Pues a mí me parece precioso lo que hice... Me mostré apagada, con una languidez de esas que encandilan a los hombres. No he conocido a ninguno que sepa resistir las lágrimas, sobre todo si se derraman como una damisela. Le pedí que me prestara su pañuelo. Estaba tan aturdida que no sé si fingía o lloraba de verdad. Qué actuación la mía, Cordelia, me tenías que haber visto. Tu hermanita habría valido para actriz. Me acompañó a casa. Se despidió de mí en el portal con un beso en la mejilla. (*Irónica.*) Éramos otra vez castos y puros. Parecíamos dos adolescentes. Me volvió a pedir perdón. Ya en mi cuarto, me vine abajo... Me mordí el brazo para que no oyerais mis gemidos. Anaís notó algo. Es la más penetrante de las tres, pero odia complicarse la vida. Llamó a la puerta, preguntándome si me pasaba algo. Conseguí que mi voz sonara tranquila. Le dije que estaba un poco fatigada y que me acostaría sin cenar. Anaís siempre se ha conformado con lo evidente. Por pura comodidad, no quiso ir más lejos. Esa misma noche, supe lo que haría...

CORDELIA: Ay, Perlita, qué desastre. Si hubiéramos sabido...

PERLA: (*Seca.*) Quedamos más veces, mientras yo, aparentemente, caía de nuevo en sus redes, aceptando cándida sus excusas y promesas. Lo que yo dijera, lo que

yo quisiera. Se sentía grande, comprensivo. En adelante, todo iría estupendamente. No te imaginas lo que disfruté con este guiso lento. Poco a poco, le iba conduciendo a donde quería. No se atrevía a proponerme... bueno, volver a las andadas. El desgraciado no encontraba la manera de pedírmelo. El caso es que, al final, quedamos, aunque yo puse como condición que fuera en otro lugar. Lo encontré razonable. Puse un pretexto para ir por mi cuenta. Nos encontraríamos allí... Resumiendo, que cuando llegó el famoso Alfredo yo ya estaba en la habitación... acompañada. Y en actitud que no dejaba lugar a dudas. Confieso que para mí fue un trago...

CORDELIA: Qué atrocidad...

PERLA: (*Con cara extraña.*) No he olvidado su expresión. No podía creer lo que estaba viendo. Le sostuve la mirada y me reí. Estuvo unos segundos con la mano en el picaporte, hasta que lo soltó y bajó las escaleras. (*Apaga el cigarrillo.*)

Javier Rey de Sola - reydesola.com

(*Pausa.*)

CORDELIA: ¿Y qué dijo el otro? ¿Quién era?

PERLA: No era nadie. Me fingí afectada y nos marchamos. No tuve que darle ninguna explicación.

CORDELIA: ¿Y Alfredo? ¿Le volviste a ver?

PERLA: (*Suspirando.*) Qué cansino me resulta esto... Claro que le vi. Al día siguiente. En la cafetería enfrente del trabajo. Ya te he dicho que los hombres no tienen dignidad. Me tendría que haber abofeteado, escupido. Pero allí estaba, con aire de perro apaleado. No sé que esperaba. No se atrevió ni a acercarse. Luego le vi en varias ocasiones. Se hacía el enconradizo. Estaba cada vez más degradado. Entre que no tenía empleo y que yo le había dado una estocada de muerte, quedó enteramente destruido. Se alcoholizó, dejó de cuidar su aspecto. Daba asco.

CORDELIA: ¿No te dio pena?

PERLA: (*Dura.*) Niña, ¿tú estás tonta? Había conseguido lo que quería. Me sentía eufórica, aunque tengo que reconocer que no me duró mucho. Me entró después una melancolía...

CORDELIA: Le tendrías que haber olvidado, sin más. No hacerle ese daño que, en realidad, te lo hacías a ti.

PERLA: Entonces habría estado muchísimo peor. ¿Y sabes cómo volví a ser la misma?

CORDELIA: Nunca volviste a ser la misma.

PERLA: (*Con asombro.*) Vaya, para según qué cosas llevamos bien la cuenta... De acuerdo, me volví bastante insoportable. Pero ¿sabes cómo pude seguir adelante? Me prometí que nunca, bajo ningún concepto, un hombre

volvería a hacerme daño. Que ninguno se aprovecharía de mí ni jugaría conmigo.

CORDELIA: Serías tú la que les harías daño a ellos...

PERLA: Puedes decirlo así. Y lo he cumplido. No me ha ido mal. (*Desencantada.*) Aunque, te confieso, llevo una temporada, bastante larga, en que... bueno... Ya no me divierto como antes. (*Reflexiva, tras una pausa.*) Así que lo tuyo con Julián, cuando noté que se sentía atraído por ti, me pareció tan bonito, tan diferente a todo lo que yo había conocido... Me pregunté qué se sentiría de estar con un hombre así, al que tú quisieras y que te correspondiera. Es una experiencia que me falta.

CORDELIA: (*Con amargura.*) Ya viste lo que me correspondió.

PERLA: Yo estaba verdaderamente ilusionada. Me tendrás que perdonar si, al principio, coqueteé un poquito con él.

CORDELIA: Lo que me puede importar... También Anaís coqueteó.

PERLA: ¿Lo viste? ¿Te diste cuenta?

CORDELIA: Sí.

PERLA: Pero se echó rápidamente a un lado, como yo. Tus hermanitas te hemos sido leales.

CORDELIA: (*Que le ha estado dando vueltas a algo.*) ¿Me dejas que te haga una pregunta?

PERLA: Por supuesto.

CORDELIA: Y contéstame la verdad.

PERLA: Claro.

CORDELIA: *(Con esfuerzo.)* ¿No os reáis a mis espaldas... Anaís y tú?

PERLA: ¿Otra vez con eso? En el hospital estabas alterada, pero que lo vuelvas a mencionar ahora...

CORDELIA: ¿Y él? ¿No se reía también de mí? No digo abiertamente, sino... bueno... ya me entiendes...

PERLA: Te prohíbo que hables así. Olvida ahora mismo semejante idea. ¡Por favor, qué disparate!

CORDELIA: Me gustaría creerte.

PERLA: No te queda más remedio porque es la pura verdad. *(Animosa.)* Dentro de unos días, te sentirás mejor y te reirás de tus escrúpulos.

CORDELIA: Es posible. Pero sigo teniendo la impresión...

PERLA: Y dale.

CORDELIA: ¿Qué es?

PERLA: Pero qué suspicaz. *(En tono de broma.)* Mira, te lo perdono porque todavía no te encuentras bien del todo.

CORDELIA: Déjate de rodeos. Sé que hay algo.

(Una pausa.)

PERLA: (*Incómoda.*) Lo único que no sabes... Antes o después, te lo habríamos contado...

CORDELIA: ¿Ves? ¡Tenía razón!

PERLA: Dicho ahora, parece un terrible secreto, cuando es una perfecta nimiedad.

CORDELIA: (*Rígida.*) Te escucho.

PERLA: Ya te digo que es una insignificancia y que no habría afectado para nada. (*Respira hondo.*) Julián se presentó en el hospital...

CORDELIA: ¡Julián...! ¡Lo sabía! ¿Qué os contó? ¿Qué le dijisteis?

PERLA: No le dijimos nada. Se sentía culpable y nos preguntó si podía hacer algo.

CORDELIA: (*Ansiosa.*) ¿Llegó a verme? ¿Entró en mi habitación?

PERLA: Por supuesto que no. Te habían puesto un sedante. Le agradecemos la visita. Se despidió y ya está.

CORDELIA: ¡Seguro que estaba arrepentido! ¡Que venía para reconciliarse! (*Se pone en pie.*) ¡Y vosotras le alejasteis! ¡Por eso no volvió! ¡Le hablasteis en un tono que no le dejó más opción que irse para siempre! ¡Le insultaríais o le amenazaríais con denunciarle! ¡O pondríais falsedades en mi boca! (*Fuera de sí.*) ¡Os conozco! ¡Y lo

habéis hecho por envidia! ¡Tú, porque eres una vanidosa y una frívola! ¡Y Anaís... Anaís...!

(Entra de la calle ANAÍS, que se muestra sorprendida por los gritos. Deja su bolso en una mesa.)

ANAÍS: ¿Se puede saber qué pasa? Se os oye desde la escalera...

PERLA: Hablábamos de Julián, de cuando vino al hospital.

ANAÍS: ¿Y qué?

PERLA: Piensa que le echamos con cajas destempladas. Que por nuestra culpa, ya no quiso saber de ella. Dile que no fue así. Que fue una visita de compromiso, por quedar bien. Que estaba deseando irse.

CORDELIA: ¡Mentira, mentira, mentira! ¡Vino porque me quería! ¡Todo habría vuelto a ser lo mismo! ¡Y vosotras, por puro egoísmo, por envidia...!

ANAÍS: *(Con calma.)* Es lo que te ha contado Perla. Casi no hablamos. Él tenía cara de circunstancias, lo que por otra parte es lógico. Y en cuanto hubo cumplido, se marchó. No hubo más. ¿O es que quieres que inventemos?

PERLA: Lo que sí comentamos es que para ese viaje no hacían falta alforjas. Se podía haber evitado la visita. No

le volvimos a ver el pelo. Se lo tragó la tierra. Te lo habríamos mencionado, aunque para qué. Ya te lo he dicho: demostró ser de esos que, en cuanto huelen la menor complicación, salen corriendo.

ANAÍS: Así fue.

CORDELIA: ¡Y yo no os creo!

PERLA: No seas infantil.

ANAÍS: (*La rodea con los brazos.*) Vamos, Cordelia. Esta Perlita no tiene el menor tacto, ni te sabe cuidar. Gracias a Dios que he podido venir antes. Cenamos y luego vemos una película en la tele.

CORDELIA: (*Se desase.*) Déjame. (*Se sienta de nuevo. Abatida.*) Ya sé que os habéis hartado de mí y que no estáis dispuestas a aguantarme más...

ANAÍS: ¡Pero Cordelia...!

CORDELIA: No me interrumpas... Queréis que vuelva al trabajo y que deje de dar problemas...

PERLA: Volverás al trabajo cuando te encuentres bien.

CORDELIA: (*Lentamente.*) Ahora es cuando empiezo a pensar con claridad... Algo le tuvisteis que decir para que ya nunca volviera... Igual que me habéis engañado, le engañasteis a él... Lo nuestro fue una pelea de enamorados, un distanciamiento momentáneo, como le pasa a cualquier pareja... Pero él me quería... ¡Estoy

segura...! No tengo ninguna prueba de que me dejara de querer... Ni una palabra, ni una llamada, ni una carta... Sólo tengo los hechos consumados y las falsedades que habéis metido en esta pobre cabeza... *(Solloza.)* Y ahora no me queda nada... ¡Nada! Sólo vuestras mentiras, y un enorme vacío en el corazón... Os odio, os aborrezco... No puedo vivir así... Mejor hubiera sido que me dejarais morir... *(Llora abiertamente.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(Mismo lugar, algo después. Se ha amortiguado alguna luz. Algún sutil desorden. Han fumado abundantemente, a juzgar por el espeso humo que flota en el ambiente. Al alzarse el telón, ANAÍS, sola, de pie y dando caladas a un cigarrillo. Se ha cambiado. Movimientos enfáticos, nerviosos. En seguida aparece por el lateral izquierdo PERLA.)

ANAÍS: ¿Cómo está?

PERLA: Se ha dormido.

ANAÍS: ¿No se despertará?

PERLA: Imposible. La he obligado a tomarse dos pastillas. ¿Cenamos algo?

ANAÍS. Se me ha ido el apetito. *(Dura.)* ¿Cómo has podido ser tan torpe?

PERLA: Yo no dije nada. Fue ella la que sospechó. Sabes lo intuitiva que ha sido siempre. Pero le hemos dicho

la verdad. No es culpa nuestra que no nos crea. Es tan terca... (*Se muerde una uña.*) Sin embargo, tengo remordimientos...

ANAÍS: ¡Con razón! Julián y tú...

PERLA: ¡Fue sólo una vez! Y él ya había decidido dejarla. No la quería.

ANAÍS: Si no te hubieras metido por el medio, quizá su decisión habría sido diferente. Y Cordelia estaría feliz ahora.

PERLA: Te repito que no he tenido que ver. Nuestra hermana, siempre construyendo castillos en el aire. Julián estaba aburrido con sus exigencias y con esas continuas muestras de amor que le pedía.

ANAÍS: Sigo pensando que hiciste mal. ¿No eres capaz de resistirte a nada que lleve pantalones?

PERLA: (*Irritada.*) Si Cordelia se encuentra en ese estado, es culpa suya. Con esa sensibilidad enfermiza, se seguirá dando golpes toda la vida. Ha sido así desde niña. Ya lo decía papá, que la tenía que consolar cada vez que algo no salía de su gusto. ¿Tenemos los demás la culpa? ¿La tengo yo? Julián no la quería. Me lo dijo a mí, y te lo dijo a ti. Tenía miedo de dejarla, por si le hacía una escena. Que es lo que hizo, finalmente. ¡Y menuda escena!

ANAÍS: ¿Y a ella se lo vas a confesar?

PERLA: ¿Crees que está en condiciones de oírlo? Y de qué serviría además. Pensaría que estoy en contra suya. Y que tú también lo estás.

ANAÍS: Me pregunto si, en realidad, no es lo que piensa...

(Un silencio.)

PERLA: Mañana te vas y me quedo yo con el problema. Así que no le des más vueltas.

ANAÍS: Prométeme que la tratarás bien.

PERLA: Quédate tranquila. No hace falta ni siquiera que llames. Cordelia se vuelve más intratable cuanta más gente la contempla. Yo creo que ha salido un poco a mamá. Tan emotiva, tan histérica. Y tenían reacciones muy parecidas. Sin ir más lejos, cuando murió mamá... *(Se interrumpe.)*

ANAÍS: Cuando murió mamá, ¿qué?

PERLA: Nada...

ANAÍS: ¿Nada? Vamos, Perla. Dime lo que te preocupa.

PERLA: *(Incómoda.)* ¡Si no es nada!

ANAÍS: *(Con suave admonición.)* Perlita, que te conozco muy bien...

PERLA: Es una tontería...

ANAÍS. Seguro que sí. Pero me ha picado la curiosidad. *(Se sienta.)* Ven aquí. *(Da unas palmaditas en el sofá y su hermana se coloca al lado.)*

PERLA: *(Un poco avergonzada.)* Vas a pensar que tengo tanta imaginación como Cordelia... *(La hermana la escucha en silencio.)* Cuando murió mamá..., ese día, fui al trabajo como siempre. A ti te tocaba quedarte con ella...

ANAÍS: Había pedido unos días en el trabajo. Tú vivías con... Perdona, te interrumpo.

PERLA: Me llamaste a eso de las once. Vine corriendo. Habías pedido una ambulancia, pero no llegó a tiempo. Ya no se pudo hacer nada.

ANAÍS: Así fue...

PERLA: Pero mamá no tenía nada grave. Nadie podía esperar que... bueno... Pensábamos que viviría mucho tiempo... Sólo tomaba tranquilizantes. El frasco que tenía en la mesilla... Me fijé, y la noche anterior estaba lleno. Y cuando vino la ambulancia, sólo quedaban una o dos pastillas...

ANAÍS: ¿Qué quieres decir?

PERLA: Me pregunto... me he preguntado desde entonces, si mamá...

ANAÍS: *(Que no termina de saber por dónde va la otra.)* Si mamá, ¿qué?

PERLA: Puede ser que fuera otro frasco. O que mamá dejara caer las pastillas entre las sábanas... No te he dicho nada hasta ahora. Y mucho menos a Cordelia. (*Hace acopio de valor.*) Pienso si mamá no se tomó las pastillas a propósito...

ANAÍS: ¿Mamá? ¡Qué idea más... peregrina! ¿Cómo se te puede haber ocurrido?

PERLA: Hay otra posibilidad... (*Rapidísima mirada de soslayo a su hermana.*)

ANAÍS: (*Escandalizada.*) ¡Perla!

PERLA: ¡No! Perdona, Anaís, no he querido...

ANAÍS: ¡Claro que has querido! (*Se levanta, medio enfadada.*) Te voy a decir lo que pasó. Era yo la que estaba en ese momento con mamá. Deseaba entonces incorporarme al trabajo, harta y aburrida de atenderla. Le daba la medicación, la comida y me ocupaba de su aseo. Tú pisabas por casa de pascuas a ramos. Cordelia dormía, porque siempre se las ha arreglado para que nada afectara a su descanso. Nuestra hermana, tan afectuosa, tan hogareña, te podrás imaginar de qué servía en realidad. Hasta que un día, esa mañana, se me hincharon las narices y dije: "Mamita, hoy, en vez de una pastilla, te las tomas todas. Ya verás qué bien vas a estar". Y mamá me obedeció. Se tragó entero el frasco sin rechistar. (*Irónica.*) Distinto tema era que mamá se resistiera siempre a

tomarse la “única” (*recalca la palabra*) pastilla que le había prescrito el médico. Todos los días, la tenía que convencer y era agotador. Ah, pero claro: por eso mismo de que era agotador, ese día no soporté más y se las metí por el gaznate con embudo, ni siquiera me tomé la molestia de disolverlas. Luego, me senté a esperar el efecto y, cuando estuve bien segura, os llamé a ti y a Cordelia. Es lo que pasó. Como dicen en las novelas policiacas, tuve la oportunidad y tuve el motivo. Aunque hay un pequeño detalle que no encaja: no lo hice. (*Vuelve a sentarse. Da una honda calada al cigarrillo, apagándolo después con furia en el cenicero.*)

PERLA: No te pongas así...

ANAÍS: ¿Cómo quieres que me ponga?

PERLA: Ya sabes lo que pasa...

ANAÍS: No, no lo sé. Dímelo tú.

PERLA: ... Se te mete una idea descabellada en la cabeza hasta que no tienes más remedio que soltarla. Y cuando lo has hecho, te das cuenta de que es una perfecta estupidez. (*La abraza.*) Perdóname, Anaís.

ANAÍS: (*Se hace de rogar unos instantes, hasta que cede y también la abraza.*) Ay, Perlita, qué paciencia tengo que tener contigo.

PERLA: ¿Me perdonas?

ANAÍS: Pues claro, tonta. (*Pensativa.*) Sin embargo...

PERLA: (*Ansiosa.*) ¿Qué?

ANAÍS: El frasco estaba vacío. Yo también lo recuerdo...

PERLA. ¿Sí? (*En seguida, intenta eliminar ese pensamiento.*) Vacío, lleno... ¿Qué más da?

ANAÍS; (*Que es ahora la que insiste.*) Sí, sí... Estoy segura.

PERLA: ¿Por qué estamos discutiendo estas bobadas? Cordelia nos ha puesto de los nervios.

(*Se miran súbito. Piensan ambas en su hermana.*)

ANAÍS: Qué absurdo.

PERLA: No tuvo la oportunidad. ¿O sí la tuvo?

ANAÍS: No... ¡Sí! Bueno, yo qué sé. En algún momento, fui al baño...

PERLA: (*Sacude la cabeza.*) Estamos siendo injustas. ¿Sabes lo que pasa? ¡Te he sugestionado! Tú misma no lo crees y, por mi culpa, vas a terminar admitiendo lo que no pasó.

ANAÍS: (*Sin estar convencida.*) Puede ser.

PERLA: Lo más seguro es que nuestra madre... no digo que lo hiciera plenamente consciente. Pero... bueno. Tampoco regía mucho...

ANAÍS: Mamá era completamente incapaz de suicidarse.

PERLA: Se suicida gente de todos los colores.

ANAÍS: ¡Pero, mamá...! Tan religiosa y tan de misa...

PERLA: Mucha gente que se suicida comienza por engañarse. No dice “me voy a suicidar”, sino que pone antes una especie de coartada, inconscientemente. Bien por religión, a sabiendas de que es pecado mortal, como podría ser el caso de mamá, o por cobardía de enfrentarse con el hecho. Y un buen día, sin más, se atiborra de pastillas o se arroja a un pozo.

ANAÍS: (*Abrumada.*) No consigo adivinar cómo la conversación ha derivado a estos extremos...

PERLA: Míralo como una forma de pasar el tiempo.

ANAÍS: ¡Tú podrás, yo no! (*Nerviosa.*) A veces, Perla, te lo confieso, me entra un desaliento que me deja sin fuerzas. Tengo la impresión de que, en esta familia, o en lo que queda de ella, que somos las tres, y ya que has hablado de pecado, habría uno tan horrendo que no terminaría de borrarse y que nos hace tan infelices. ¿Qué hemos hecho para ser tan desgraciadas?

PERLA: Yo no me siento desgraciada.

ANAÍS: Tampoco tú eres feliz. Yo me refugio en el trabajo, donde todo el mundo piensa que soy tan eficiente. Cordelia fíjate cómo está. Ha terminado por entrar en crisis,

y si no hubiera sido el tonto de Julián, habría sido otra la causa. Tú quizá eres la menos consciente de lo que nos pasa.

PERLA: Pues, hija mía, lo celebro.

ANAÍS: ¿Sí? ¿Te has parado a pensar que, con tantos amantes como has tenido, sólo buscas aturdirte, no pensar?

PERLA: (*Frívola.*) Sería una manera placentera de permanecer en la inopia. Di que soy una cualquiera. No me importa. Aunque me parece que te has quedado anticuada. Hasta Cordelia es más moderna que tú. Ella, de haber podido, se habría fugado con Julián, sin importarle las consecuencias ni el qué dirán. Creo que eres la más convencional de las tres.

ANAÍS: (*A la defensiva.*) Eres la menos indicada para dar lecciones.

PERLA: También soy la más sincera. No pretendo ser distinta de lo que parezco.

ANAÍS: Yo no lo llamaría sinceridad.

PERLA: ¿Cómo lo llamarías?

ANAÍS: Lo llamaría cinismo.

PERLA: (*Sin ofenderse.*) Ya me has insultado. ¿Estás contenta?

ANAÍS: Estoy cualquier cosa menos contenta. Me siento culpable. ¡Sí, culpable! También avergonzada... ¡Y

no sé de qué! (*En tono cercano.*) No sé qué nos pasa, ni por qué nos peleamos. Perlita, tú de pequeña eras tan cariñosa... Por eso te quería tanto papá. ¿Cómo te has vuelto tan despegada?

PERLA: (*En tono neutro.*) Sí, me quería.

ANAÍS: Da la impresión de que te disgustara. A Cordelia y a mí nos dabas envidia de ser la preferida.

PERLA: ¡Valiente privilegio! (*Se dirige al mueble bar.*) ¿Una copa? (*Extrae una botella y un par de vasos. Los sirve, acercando uno a su hermana.*) No sabes lo agobiante de tener que estar siempre a la altura, de no defraudar. Me has llamado cínica... Lo prefiero, pues siendo cínica soy más verdadera que esa niña por quien me tenía papá... y ya veo que tú también. Siempre contenta, siempre sonriente... Era yo quien le traía las zapatillas cuando venía de la fábrica de bregar con los obreros, como un perrito fiel. Me sentaba en sus rodillas y le daba besos.

ANAÍS: Te gustaba...

PERLA: De muy pequeña, sí, lo reconozco. (*Da repetidos sorbos, terminando rápidamente la bebida. Su hermana, más lenta y comedida.*) Pero conforme fui creciendo, al convertirse en una especie de rito o de obligación, empecé a cansarme. Algunas veces, me escondía cuando papá llegaba. ¡Pobre papá! Él pensaba que quería jugar y me seguía la corriente. “¿Dónde está mi

ratoncita?” Y recorría todas las habitaciones hasta dar conmigo.

ANAÍS: De lo que llega una a enterarse. Jamás lo habría sospechado.

PERLA: *(Se sirve otro trago.)* Tú dirías que de ahí viene mi comportamiento con los hombres: una especie de rebelión inconsciente. Aunque para qué buscar excusas. Soy fulana por naturaleza.

ANAÍS: Nunca has tenido escrúpulos.

PERLA: Hijita mía de mi corazón: nada estorba más que los escrúpulos. *(Le empieza a hacer efecto la bebida.)* Tampoco tú, ya que nos ponemos, manifiestas tener muchos.

ANAÍS: ¿A qué te refieres?

PERLA: Eres una mujer de negocios...

ANAÍS: La crítica de siempre a quienes nos ganamos bien la vida.

PERLA: No, qué va. Me parece perfecto que ganes dinero...

ANAÍS: ¿Entonces...?

PERLA: ¿De verdad quieres saberlo?

ANAÍS: Di lo que tengas que decir.

PERLA: Eres tan cumplidora en tu trabajo... Más allá de lo que es tu obligación. *(Un sorbo. Sus movimientos se vuelven excesivos.)* Tu jefe y tú...

ANAÍS: *(Pillada por sorpresa.)* ¿Cómo sabes...?
¿Quién te lo ha dicho...? *(Deposita con violencia el vaso en la mesita, derramándose parte del licor.)* ¡Estás borracha!

PERLA: Todavía no. Aunque puede que lo esté dentro de poco. *(Apura el vaso y vuelve a servirse.)* ¿Sabes quién me lo ha dicho?

ANAÍS: *(Feroz.)* ¿Quién?

PERLA: Tú.

ANAÍS: ¡Qué dices!

PERLA: Os vi...

ANAÍS: ¿Nos viste? ¿Cuándo? ¿Dónde?

PERLA: *(Riéndose.)* Y además, tú me lo estás confirmando ahora.

ANAÍS: ¡No te rías!

PERLA: Si es lo más normal del mundo. Hasta Cordelia creo que lo sabe.

ANAÍS: *(Rechinando los dientes.)* Te he preguntado cuándo y dónde nos viste.

PERLA: En el velatorio de papá. Será por aquello del contraste, pero es en los entierros donde el apetito sexual se muestra más presente. ¿No te has dado cuenta?

ANAÍS: ¡Yo no me fijo en esas cosas!

PERLA: Naturalmente. No estabas para fijarte en nada.

ANAÍS: (*Curiosa, a su pesar.*) ¿Dónde nos viste?

PERLA: Estábamos todos aquí, en el salón. Mamá se sentaba ahí (*señala una esquina del sofá*), y los demás se distribuían por las sillas que habíamos puesto. Me pidió mamá que le trajera su medicina, la tenía en su mesilla. No llegué a entrar en su cuarto...

ANAÍS: ¡Entonces, no viste nada!

PERLA: Anaís, no seas ingenua. ¿No te das cuenta de que te delatas a cada palabra? Os excitaría, seguro, la presencia de gente en el salón. Las pocas amistades, por llamarlas así, que hemos conservado...

ANAÍS: Eres una puerca.

PERLA: No todo el mundo puede ser como tú: sin nada que ocultar.

ANAÍS: ¡Claro que no tengo nada que ocultar!

PERLA: Por supuesto, no te alteres. Salvo, quizá, el pequeño episodio que estamos comentando.

ANAÍS: No pudiste ver nada.

PERLA: Tienes razón: Pero sí os oí, y me detuve con la mano en el picaporte. Debisteis notar algo, pues inmediatamente se hizo el silencio. Como es lógico, no entré. Me escondí detrás de la librería del pasillo. Al cabo de un minuto, se abrió la puerta. Saliste tú. Como una perfecta dama. Si acaso, con el pelo un poquito revuelto.

Un poco después, tu jefe. Impecable, también, aunque algo subido de color...

ANAÍS: Me das asco. No conocía tu faceta de espía. ¿Qué te pasaba? ¿No tenías entonces ningún amante?

PERLA: (*Sin inmutarse.*) Pero Anaís, si a mí me da lo mismo. Y a nadie le habría preocupado de haberse enterado.

ANAÍS: ¿Se lo contaste a alguien?

PERLA: Cómo voy a contar eso.

ANAÍS: ¿Por qué dices entonces que Cordelia lo sabe?

PERLA: ¿Hay algo que Cordelia no sepa de nosotras?

ANAÍS: ¡Contesta!

PERLA: Ella no os quitaba luego ojo en la iglesia. Miraba de manera rara. Por algún motivo, sospechaba.

ANAÍS: (*Crispada, enciende otro cigarrillo.*) En esta casa, es imposible tener intimidad. Sí, estuve liada con mi jefe. Ya no. Aunque todavía, de vez en cuando... No soy tan diferente a ti, estarás contenta.

PERLA: Si no me importa. Vive y deja vivir. Aunque, para ser sincera, me pregunto qué habría pensado papá.

ANAÍS: Más te hubiera valido preocuparte antes. Hasta el final, no dejó de preguntar por qué no venías. Se murió pensando en ti. Te sentirás orgullosa.

PERLA: Tenía mis propios asuntos de los que ocuparme entonces.

ANAÍS: Me imagino qué asuntos serían.

PERLA: Aunque estoy muy lejos de sentirme orgullosa. (*Suave.*) Anaís, ¿por qué tenemos que ser tan crueles entre nosotras? ¿Por qué somos tan malas, tan suspicaces?

ANAÍS: No creo ser especialmente detestable.

PERLA: Claro que no. Yo te perdono...

ANAÍS: (*Altiva.*) ¿Qué tienes tú que perdonarme a mí?

PERLA: Es posible que no mucho. Pero quizá tú a mí, sí. Te habré hecho daño tantas veces... Sin darme cuenta, sin malicia... Y a la pobre Cordelia. Sin contar papá y mamá. Me arrepiento de no haberles tratado mejor. Y estoy segura de que ellos, después de los encontronazos que tenían, se arrepentirían de las palabras que se dijeron. Se querían más de lo que ellos mismos suponían. No somos conscientes de lo que queremos realmente a las personas, porque si lo supiéramos...

ANAÍS: (*Incapaz de reprimir la risa.*) Ay, Perlita, eres graciosísima. En el fondo sigues siendo una niña...

PERLA: (*Desconcertada.*) No te entiendo...

ANAÍS: ¡Que papá y mamá se querían! Si serás tonta... Tienes razón: esto es lo que me tienes que

perdonar, que te llame tonta. Aunque, como dices tú, te lo digo sin mala voluntad.

PERLA: Me parece que te refieres a algo que desconozco.

ANAÍS: Ya lo creo que sí. Y no pasaría nada si siguieras ignorándolo. En ocasiones, es preferible la mentira.

PERLA: La mentira causa mucho dolor.

ANAÍS: La mentira... ¿Qué sabes tú de eso?

PERLA: Lo suficiente para aborrecerla. A pesar de la vida que he llevado...

ANAÍS: No te hagas la importante. Todo el mundo lleva una vida muy poco edificante. Soportan sobre sus espaldas un montón de engaños. A veces, con consecuencias terribles.

PERLA: No desvíes la cuestión.

ANAÍS: ¿Qué cuestión?

PERLA: Háblame de papá y mamá. Por lo visto, sabes mucho más que yo.

ANAÍS: Tantísimos años después...

PERLA: Es ahora cuando estoy dispuesta.

ANAÍS: No te va a gustar.

PERLA. *(Se acurruca en un rincón, en ademán de escucha.)* Eso ya lo sé.

ANAÍS: Siempre te sales con la tuya... (*Evocando.*)

Fue después de aquel verano, el último que pasamos en la costa. Papá no podía dejar la fábrica. Sólo los fines de semana cogía el tren y pasaba día y medio con nosotras. Tú tendrías tres o cuatro años, no te puedes acordar...

PERLA: Me acuerdo, sí... De repente, todo se volvió distinto. Esas vacaciones que empezaron tan alegres y terminaron con papá y mamá que casi no se hablaban. Y si lo hacían era para insultarse, cuando pensaban que nos habíamos dormido. Yo tenía miedo. Me tapaba la cabeza con la almohada, como cuando había tormenta...

ANAÍS: Yo te decía que no pasaba nada.

PERLA: Me parece que sé lo que pasó: mamá tuvo una aventura...

ANAÍS: Lo has adivinado. Y papá lo supo. Alguien le envió un anónimo.

PERLA: (*Atónita.*) ¡Un anónimo!

ANAÍS: Nunca se supo quién fue ese alma caritativa. Al menos, yo no. Y pienso que papá y mamá tampoco.

PERLA: ¿Y tú cómo te enteraste?

ANAÍS: Por pura casualidad. Yo andaba siempre rebuscando, mirando por aquí y por allá. Lo encontré en la papelera. Roto. Papá lo había arrojado allí. Me pareció un puzzle. Y, fíjate qué oportuna, casi le pido a papá que me ayudara a componerlo...

PERLA: ¿Qué decía?

ANAÍS: Advertía a papá que... bueno... que haría bien en venirse donde estábamos... Y que... se felicitaba de que nosotras... en particular la madre... lo estuviéramos pasando tan fenomenal... Lo firmaba "un amigo"... Yo no entendía lo que quería decir... Las discusiones con mamá fueron continuas cada fin de semana que papá nos visitaba. Y mamá lo empeoró con su actitud...

PERLA: ¿Lo negaba?

ANAÍS: Al contrario: se reía. *(Con sonrisa deformada.)* Sí, también me enteré de esto. ¿Sabes cómo? Me escondía en un rincón; por cierto, lleno de telarañas...

PERLA: Con el miedo que siempre te han dado...

ANAÍS: Pero era más fuerte mi deseo de saber. Ese rincón estaba junto a su dormitorio. Desde allí se escuchaba perfectamente. Mamá... mamá le echaba en cara... no sé... no entendía bien... Ten en cuenta que yo tendría siete años. Pero lo que sí me quedó claro es que no me gustaba nada lo que estaba pasando. Quería que todo volviera a ser como era antes. Porque si no, yo no aguantaría... Tenía ganas de morirme. En la cocina había un cuchillo enorme... Lo cogí...

PERLA: ¡Qué horror!

ANAÍS: Me prometí que, como volvieran a discutir, me cortaría la cabeza... Ya ves qué mentalidad... Lo de

Javier Rey de Sola - reydesola.com

cortarme la cabeza lo saqué de una película. Y volvieron a discutir, claro... Aunque no me corté la cabeza. Aquel verano fue un infierno... Papá, queriendo saber si era verdad lo de la carta, mientras mamá se reía y le insultaba...

PERLA: ¿Y Cordelia? ¿No se enteraba, no sabía nada?

ANAÍS: Sabía que discutían, era imposible no darse cuenta. Pero no tenía idea de por qué. Pensaba (*sonríe*) que era porque mamá gastaba demasiado. Cordelia siempre ha sido un poco, digamos, distraída. Vivía dentro de sí, como ahora. De ahí le han venido tantos problemas... Y como estaba asustada, empezó a ahorrar en bobadas. Una vez que fuimos de excursión, se olvidó a propósito de la comida. Nos tuvieron los demás que convidar. Mamá la riñó tremendamente. Sólo yo sabía que no había existido tal olvido, sino que la pobre quería con ello que papá y mamá se reconciliaran. (*Baja la voz.*) Yo sospecho que ahí comenzó esa especie de llamémosle desequilibrio. Hablaba sola, sobre todo en sueños. Yo, en ocasiones, la tenía que despertar. Mamá la cogió muchísima manía. La pobre Cordelia pasó a ser el chivo expiatorio de la casa. Ya fue siempre así, en adelante. Cada vez que había un problema, o amenazaba con haberlo, Cordelia servía de pararrayos. Le debemos

Javier Rey de Sola - reydesola.com

mucho, queramos o no. Sin ella, no sé si la familia habría resistido...

PERLA. (*Reacia a aceptar lo que cuenta su hermana.*) Pero eso es lo que tú piensas. Eras una niña y, a lo mejor, lo confundiste todo.

ANAÍS: (*Deniega suave con la cabeza.*) Es que hay más...

PERLA: ¿Más? ¿El qué?

ANAÍS: El mismo día de la famosa excursión en que Cordelia se “olvidó” de la comida... Era lunes. Papá había cogido el tren de madrugada. No sé si te acordarás del lago...

PERLA. Muy borrosamente.

ANAÍS: A la orilla, había un bosquecillo donde se situaban unas mesas de piedra para excursionistas. Más allá, estaba la fuente. Era un lugar oscuro y solitario, había muchísima maleza. Nos asustaban los mayores con historias de brujas y fantasmas. Se decía que, años atrás, había ocurrido un asesinato. Verdad o no, era lo que se contaba, y cada vez añadían nuevos detalles horripilantes. La mujer asesinada, decían (siempre es una mujer), se aparecía cada cierto tiempo. El típico lugar que hay en cada pueblo. Cuando a Cordelia y a mí nos mandaban a por agua, nos dábamos la mano y cantábamos todo el recorrido, para darnos valor. El último tramo, de regreso, lo

hacíamos corriendo... Pero lo que te quería contar es que los niños, una vez, nos desafiábamos a ir a la fuente. El que perdiera, se tenía que acercar. Solo. Y, como prueba de haber estado, traer un ramo de flores pequeñas que crecían solamente allí... Echamos a suertes y perdí. Cuando llegué, muerta de miedo...

PERLA: Estaba allí mamá con ese hombre.

ANAÍS: *(Asintiendo.)* Se besaban. Recuerdo perfectamente la cara de mamá. Su rabia por haber sido descubierta. Un niño entiende y no entiende, al mismo tiempo. Yo no sabía qué hacer. El hombre reaccionó de otra manera. Separándose de mamá, me habló con amabilidad y me acompañó luego junto a los demás. Mamá, con los labios apretados, no decía una palabra.

PERLA: ¿Eso fue antes o después del anónimo?

ANAÍS: Después. Así terminé de entender lo que pasaba. Se lo conté a Cordelia, pero fue como si hablara con una pared. Se negaba a admitir lo que yo, de siete años, ya sabía. Inconscientemente, estaba enterada, lo que era evidente por los sueños que tenía y el chaparrón que le cayó encima, que mamá empezó a no poderla soportar. Yo me las arreglé para mantenerme el margen. Me ayudó el hacerme la tonta, aunque mamá no terminaba de confiar.

PERLA: ¿Y qué pasó más?

ANAÍS: No sé. No les volví a ver juntos.

PERLA: ¿Qué aspecto tenía él?

ANAÍS: Ha pasado una eternidad... (*Intentando hacer memoria.*) Solía llevar un sombrero blanco y vestía siempre de traje, también blanco, elegantísimo. A mí, al menos, me lo parecía. Y tenía bigote.

PERLA: Parece un actor de cine. (*Con cautela.*) ¿Has pensado que podrías estártelo inventando?

ANAÍS. (*Ofendida.*) ¿Yo? ¿Por qué razón?

PERLA: No quiero decir que mientas, sino que estarías elaborando eso que llaman los psicólogos un recuerdo falso.

ANAÍS: Lo que he contado, lo recuerdo perfectamente.

PERLA: Al fin y al cabo, ¿qué viste? A mamá con ese hombre, en la fuente. Podrían estar allí por cualquier motivo inocente. Lo acabas de decir: un niño entiende y no entiende. No sabe interpretar lo que está más allá de su experiencia.

ANAÍS: ¡Pero se estaban besando, Perla! ¿Y el anónimo también me lo he inventado? ¿Y las discusiones, que hasta tú recuerdas y que te daban tanto miedo? ¿Me he inventado todo esto?

PERLA: Claro que no. Perdona.

(*Silencio.*)

PERLA: ¿Quién sería aquel hombre?

ANAÍS: Un vivales que se aprovechó de la ausencia de papá. Y de la cabeza a pájaros de nuestra madre.

PERLA: Me pregunto si llegarían a...

ANAÍS: *(Con ternura.)* No sólo eres una niña, como te he dicho, sino también una puritana. *(Dura.)* No sería por falta de ganas de los dos.

PERLA: ¿Y se trataría nada más de un asunto de verano?

ANAÍS: Hasta ahí no llegué. *(Sarcástica.)* A lo mejor estaban profundamente enamorados. Lo que sí es cierto es que el asunto, como lo llamas, trajo cola. Ya no volvió a haber paz en esta casa.

(Otro silencio.)

PERLA: ¿Y quién mandaría aquel anónimo?

ANAÍS. Buena pregunta. *(Suspira.)* Alguien que les querría mal. A papá, a mamá, o a los dos. O, ya puestos, al actor de cine.

(CORDELIA aparece en el vano de la puerta izquierda. Envuelta en la penumbra, no la ven. Permanece inmóvil, escuchando. Su blanca figura, en camisón, tiene algo de espectral.)

PERLA: ¿No tienes curiosidad?

ANAÍS: (*Se encoge de hombros.*) Estos sucesos pasan en las mejores familias. Y hasta en las menos buenas. (*Sonríen ambas desmayadamente.*)

PERLA: A mí me gustaría saber. (*Una pausa reflexiva.*) ¿Te has fijado en que el pasado tiene tendencia a manifestarse, como si sus protagonistas lo desearan revelar desde el otro mundo? Como si quisieran enmendar el mal que hicieron...

ANAÍS: (*Con risa franca.*) Ay, Perlita. Me vas a salir, no ya supersticiosa, sino creyente.

PERLA: No te rías, que es verdad lo que digo.

ANAÍS: ¿Y de dónde sacas ese... conocimiento? ¿Dónde ves tú que mamá quisiera, desde el Más Allá (*hace gesto de burla*), confesar sus devaneos?

PERLA: En el mismo hecho de que haya salido a relucir en esta conversación. Yo no tenía idea, ni tú tampoco, de que fuera a discurrir por semejantes derroteros.

(*CORDELIA da un paso al frente.*)

ANAÍS: (*Sobresaltándose.*) ¡Cordelia...!

PERLA: (*Igual.*) ¡Ay, qué susto...!

ANAÍS: ¿No duermes?

CORDELIA: *(Se lleva la mano a la frente.)* No puedo...
Me pesa la cabeza.

PERLA: No me extraña, con lo que has tomado.

CORDELIA: Creía que ya estabais en la cama.

ANAÍS: En cuanto me fume éste. *(Enciende otro cigarrillo. El anterior lo ha apagado en algún momento.)*
¿No tienes frío? Ponte algo. *(Le acerca su jersey, que está sobre el respaldo.)*

CORDELIA: *(Sentándose.)* ¿De qué hablabais?

PERLA: De todo un poco. El último verano que pasamos en el pueblo... *(A ANAÍS. Tras una pausa.)* Tiene tanto derecho como nosotras a saberlo.

CORDELIA: Saber ¿el qué?

PERLA: Un anónimo que recibió papá por aquellas fechas...

CORDELIA: Ah, el anónimo...

ANAÍS: *(Muy sorprendida.)* ¿Lo sabías? ¿Sabías lo del anónimo?

CORDELIA: Si no lo hubiera sabido, ahora estaría enterándome. ¿No es así?

ANAÍS: Déjate de rodeos. ¿Sabías lo del anónimo?

PERLA: Anaís dice...

CORDELIA: ¿Anaís? ¿Es que siempre tiene que saberlo todo?

ANAÍS: Es imposible hablar en esta casa sin que salten chispas.

CORDELIA: (*Displicente.*) Sólo te quedan unas horas hasta que te marches. ¿Por qué no te vas a dormir y te las ahorras?

PERLA: (*A ambas.*) ¡Por favor! (*A CORDELIA.*) ¿Sabías o no sabías?

CORDELIA: ¿A quién le importa lo que yo pueda saber? ¿Y qué importancia tiene a estas alturas?

ANAÍS: (*Exasperada. Se pone en pie.*) ¡Nada tiene importancia, ya lo sé! ¡También lo sabe Perla y lo sabes tú! ¡Nada de lo que haya pasado tiene ya remedio!

CORDELIA: Pero qué te pasa. Cómo te pones.

ANAÍS: ¡Me pongo como me da la gana! ¡Tú eres una loca! ¡Perla, una ninfómana! ¡Y yo... yo qué sé lo que soy, aunque seguramente nada bueno! Pero tiene razón Perla. ¡Quiero saber qué nos ha pasado! ¡Qué le ha pasado a esta familia y por qué hemos vivido como extraños, sin saber nada unos de otros y, lo que es peor, sin querer saber! ¿Tan peregrino es? ¿Tan raro, tan sorprendente...? ¡Yo te encontré tirada en un charco de sangre! ¡Y te salvé! Te rodeé la muñeca con una toalla y llamé a la ambulancia. ¡Ahora me alegro! ¡Me alegro más de lo que pensé que me alegraría! ¿Y sabes por qué? Porque deseo con toda mi alma que sigas sufriendo, que no te hayas escapado de

esta vida tan bonitamente y que los años que tienes por delante sean para ti un infierno. ¿Te enteras? ¡Quiero que sufras lo que yo he sufrido!

PERLA: (*Asustada.*) Anaís...

CORDELIA: Vaya, teníamos mucho guardado... (*Se la enfrenta.*) ¿Tú has sufrido? No me hagas reír. Y yo, qué. ¡Era la mayor, la que llevaba sobre sí toda la responsabilidad! Desde pequeña, no he dejado de escuchar que mirara por vosotras, si no era la una era la otra. ¡Nunca pude disfrutar de nada! Perla era la preferida de papá. Y tú, la que tenía por delante el futuro más prometedor, la que nos iba a dejar a las hermanas eclipsadas, y así ha sido. ¡Así que déjame en paz y no me des lecciones! ¡Y sobre todo, no te hagas la digna y abnegada...!

PERLA: Callaros, dejadlo ya.

CORDELIA: (*A las dos. Suave.*) Me habéis preguntado si sabía lo del anónimo. Por lo visto, yo debía ser la tonta que no se enteraba de nada. ¡Pues me enteré de eso y de mucho más! (*Con fruición.*) Sabía lo del anónimo, entre otras razones, ¿sabéis por qué? Porque fui yo quién lo envió...

TELÓN

ACTO TERCERO

(Mismo lugar. Inmediatamente a continuación. Las tres, en la misma exacta posición en que concluyó el anterior acto. Largo silencio antes del primer diálogo.)

ANAÍS: *(Con rabia, pero intentando controlarse.)* ¿Por qué lo hiciste?

PERLA: Sí, ¿por qué?

CORDELIA: *(Ríe como trastornada.)* ¿Queréis un motivo? ¿En serio?

ANAÍS: ¡No juegues con nosotras! ¿Por qué cometiste una acción tan ruin y tan infame...?

PERLA: Y a tus propios padres...

ANAÍS: ¡Hiciste fracasar su matrimonio! *(Gritando.)* ¡Y me da lo mismo lo que hubiera de verdad!

CORDELIA: *(Remedándola.)* ¡Su matrimonio! ¡Que yo lo destrocé! Si hacía aguas por los cuatro costados. Y por favor, no seas tan cursi.

PERLA: *(Con reproche, pero en tono más moderado que su hermana.)* ¿Cómo sabes que estaba fracasado y que no se podía arreglar?

CORDELIA: Ah, claro, me olvidaba: yo no sabía nada, no podía saberlo, porque estaba envuelta en mi mundo de fantasías. Pero, a lo mejor, mi mundo, todo lo imaginario que fuera, encerraba más verdad que el vuestro.

ANAÍS: ¡En cualquier caso, fue una bajeza!

CORDELIA: Puede que tuviera un motivo.

PERLA: ¿Qué motivo podías tener?

CORDELIA: *(Hace una pausa dramática.)* La venganza.

PERLA: ¡Venganza! ¿De qué?

ANAÍS: *(Dándole la espalda y cruzándose de brazos.)* ¡De cualquier cosa que haya ideado esa enferma!

CORDELIA: *(Suave.)* Mamá era mala. ¿Lo sabíais? Y papá...

ANAÍS: *(Volviéndose.)* ¡Cállate! ¡Te prohíbo que digas nada!

CORDELIA: También eran mis padres. Y tengo derecho a juzgarles.

ANAÍS: ¡Nadie tiene derecho a juzgar!

CORDELIA: Los hijos siempre juzgan a los padres. Y yo lo hice. Pero vosotras os ponéis una venda... que sólo os deja ver lo que os interesa.

PERLA: (A ANAÍS.) No está bien, no le hagas caso...

CORDELIA: (Sin alterarse.) Veo que no os interesa mi versión.

ANAÍS: ¡Nos interesa muchísimo! ¡Quiero saber la basura que guardas en tu mente! ¡Vamos! ¡Adelante! ¡Cuéntanos!

CORDELIA: (A PERLA.) ¿A ti también te interesa? (No dice nada.) Mamá, bajo ese aspecto de señora elegante y fría, incapaz de albergar afectos más allá del círculo de su familia, a la que quería con locura, era lo más parecido a... ¿pronunciaré la palabra...? No hace falta, me entendéis. Sin embargo, era exactamente lo contrario, aunque siempre supo cultivar una fachada. Pertenecía a no sé cuántas asociaciones benéficas, donde la tenían en el mejor concepto...

ANAÍS: Estás fabricando un folletín inverosímil.

CORDELIA: Te puedo asegurar que no. Mamá tuvo una relación ese verano...

ANAÍS: ¡Eso ya lo sabemos!

CORDELIA: Pero lo que no sabéis es que, a consecuencia de esa relación...

(Sus hermanas se quedan estupefactas.)

PERLA: (Absolutamente incrédula.) ¿Mamá...?

ANAÍS: ¡Imposible! ¡Y todavía más imposible que tú
(*subraya el pronombre*) llegaras a saberlo!

CORDELIA: Una tarde, uno o dos meses después de
vacaciones, yo me había quedado en casa enferma...

ANAÍS: ¡Siempre estabas enferma!

CORDELIA: (*Sin inmutarse.*) Anaís estaba en el
colegio y tú en la guardería. Después de comer (acababa
papá de irse al trabajo), mamá hizo una llamada telefónica.
Estaba muy nerviosa, casi histérica. No se recataba de
hablar alto. Me levanté de la cama y me acerqué al salón.
Iba descalza, todavía siento el frío de las baldosas. Esa
noche, tuve mucha fiebre... (*Las hermanas se
impacientan.*) Escuché desde ahí. (*Señala la puerta de la
izquierda.*) Parece que he conservado la costumbre... Era
él. Mamá decía lo que se dice siempre en estos casos: que
no entendía cómo podía haber pasado, que habían tomado
todas las precauciones, etcétera...

PERLA: (*Que se ha turbado, recordando su caso
paralelo.*) Me resulta tan increíble lo que dices... ¿Cómo
una niña podía comprender el alcance...?

CORDELIA: Lo creas o no, así fue.

ANAÍS: ¡Un culebrón! Te lo inventas.

CORDELIA: Piensa lo que quieras...

PERLA: ¿Qué más pasó?

CORDELIA: Ese hombre le debió de preguntar a mamá si estaba segura. Mamá dijo que no podía seguir adelante con... con eso. Contestó su amante... (*ANAÍS respinga.*) Sí, su amante, la relación que mantenían tiene ese nombre... Dijo él que qué importancia tenía, que sería siempre un vínculo entre ellos, que le querría y que las circunstancias incluso favorecían....

ANAÍS: ¡Cómo podías escuchar esos detalles!

CORDELIA: Mamá repetía sus palabras. Cuando dijo eso, que sería un vínculo entre ellos, mamá saltó como una fiera. Le llamó cabrón. Vaya palabra en labios de mamá, ¿no? Se negaba en redondo, dijo, a tener... a tener un bastardo. (*Suspira.*) En el fondo, qué remilgadas somos las mujeres de esta casa. Yo no sabía entonces lo que era un bastardo, pero luego lo miré en el diccionario. Ese hombre... el amante de mamá... poco a poco la fue tranquilizando. Debió de decir que no pasaba nada, que le pondrían remedio. Por lo visto, concertó una cita con algún médico. Esto no lo oí muy bien, pero el sentido quedaba claro. Unos días después, mamá estuvo enferma. Permaneció así al menos una semana. (*A ANAÍS.*) ¿Me querrás explicar, tú que eres tan lista, y a la vez tan escéptica, qué tipo de enfermedad tuvo mamá, que no permitió que ninguna de nosotras nos acercáramos a su cama y papá tuvo incluso que cambiar de habitación,

porque mamá quería dormir sola, por no decir que no le soportaba? *(La hermana se muerde los nudillos y no responde.)* Y explícame también las lloreras que le dieron... Luego, como dice la canción, la vida siguió igual. Y papá, una de dos: o estuvo en la inopia, lo que me extraña después de las escenas del verano, o tenía unas tragaderas antológicas. En cualquier caso, un papel muy poco airoso, ¿no creéis?

ANAÍS: *(Que ha terminado por aceptar la historia. Con repulsa.)* ¿Y por eso te sentiste con derecho a mandar el anónimo?

CORDELIA: Les odiaba. Odiaba a mamá por lo que hacía. Y odiaba a papá por ser tan... tan apocado o tan... como lo queramos llamar. Me hubiera gustado que hiciera algo... Que matara a ese hombre o le diera una paliza. Que castigara a mamá, que la pegara por lo que había hecho, que hiciera lo que tuviera que hacer. ¡Pero algo!, en lugar de esa pasividad, y que todos volviéramos a ser felices. Mentalidad infantil, si queréis. Pero os juro que era lo que sentía. ¿Hace falta una razón más fuerte que el resentimiento para hacer lo que hice?

ANAÍS: Qué porquería.

PERLA: ¡Ay, Cordelia...! Cómo pudiste...

CORDELIA: De pequeña, me creáis o no, yo quería mucho a papá. Le consideraba el mejor hombre del mundo.

El más fuerte. El más importante. El que más sabía. Pero luego...

ANAÍS: Nos vas a salir ahora con el trauma infantil. Niña, eso está muy gastado. Papá no se enteró. Le pasó como a tantísimos.

CORDELIA: Llegué a la misma conclusión, que lo sepas. Papá no podía permitir lo que pasaba... de haberlo sabido. Y como lo ignoraba, decidí avisarle.

ANAÍS: ¿Pero no has dicho, idiota, que lo hiciste por venganza? ¿En qué quedamos?

CORDELIA: Estaba confundida. Y aún lo estoy. Pongamos que tenía doble motivo.

ANAÍS: Eres asquerosa. (*Desafiante.*) ¿Y cómo lo hiciste? Cuéntanoslo, si no te importa.

CORDELIA: ¿La carta? No tuvo nada de particular. Para disimular mi letra, que papá conocía bien, recorté las letras de un periódico. Como en las películas. Me pasé una tarde entera escondida en el desván recortando y pegando las letras. Me sentía bien. Por fin, algo se hacía, aunque corriera de mi cargo. En cuanto papá se enterara, se vengaría y volvería a reinar la paz en la familia. Aquel hombre desaparecería o moriría, mamá volvería a ser dulce y buena y todo iría bien de nuevo.

ANAÍS: ¡Menudo cuento de hadas!

PERLA: ¿Y no pensaste que podrías empeorarlo todo?

CORDELIA: Yo era niña, Perlita. Y razonaba y pensaba de acuerdo con la edad. (*Cabecea.*) Aunque debo reconocer que el resultado fue justo el contrario. El ambiente en casa, que no era nada bueno, todavía empeoró. Papá y mamá discutían sin parar. Papá, una vez que se terminó el verano, seguía con sus sospechas...

PERLA: Que se habían convertido en certezas...

CORDELIA: (*Asintiendo.*) Se presentaba en casa de repente, a horas muy raras, intentando sorprender a mamá. Yo, en el fondo, estaba regocijada. Me decepcioné un poco al principio: los niños son impacientes, ya sabéis. Quieren resultados inmediatos. Pero no tardé en comprender que la solución se demoraría un poco. Antes o después, encontraría a mamá con su amante y, como pasa en el cine, a él le mataría, mamá le pediría perdón y todo volvería a ser como antes.

PERLA: A la vista está que no fue así.

CORDELIA: (*Se entristece.*) Papá no vengó su honra...

ANAÍS: ¡Vaya expresión!

CORDELIA: ... Y para mí, fue mayor su vergüenza. A partir de ahí, todo lo que yo quería a papá se convirtió en odio. No podía soportar siquiera su presencia, cuanto más

que me quisiera dar un beso o acariciarme el pelo. Me puse del lado de mamá, que se extrañó de que me mostrara tan cariñosa de repente. Papá también se sorprendió y se apenó mucho. *(Leve pausa.)* Poco a poco, los gritos, las peleas, fueron menguando. La situación se volvió menos violenta, pero más enrarecida. Papá y mamá hablaban con rodeos y sobreentendidos, en frases repletas de sarcasmo. Con el tiempo, se convirtió en costumbre. Mi alejamiento de papá se volvió definitivo. A mis ojos, se había comportado como un cobarde. *(Otra pausa.)* Cuando estuvo enfermo, ya al final, se lo dije...

ANAÍS: *(Tras un instante de pasmo.)* ¿Que le dijiste... qué?

CORDELIA: *(Fría, sin emoción.)* Que había sido un cobarde toda su vida.

ANAÍS: *(Escandalizada.)* ¡Pero cómo fuiste capaz...! Papá, muriéndose, y tú...

CORDELIA: Fui capaz por eso mismo: porque se moría. Mientras estuvo vivo y con salud, no pude. En alguna ocasión, lo intenté. No soportaba llevar esa carga y quería que él me la quitara o, por lo menos, que me ayudara a soportarla. Pero se me atragantaban las palabras...

ANAÍS: Qué espanto...

PERLA: *(Más tranquila que ANAÍS.)* Y él ¿qué decía?

CORDELIA: No decía nada. Las últimas semanas, recordaréis, apenas podía hablar. Lloraba. Era lo único que podía hacer. Y removerse, no sé si de pena o de rabia. El caso es que no tuvo buen fin.

ANAÍS: ¡Eres un monstruo!

CORDELIA: (*Revolviéndose.*) ¿Ah, sí? ¿Soy un monstruo? No me digáis que no sabíais cómo era papá. En todos los sitios en que aparecía, se burlaban de él. Yo vi muchas veces esa actitud en cuanto volvía la espalda. Fue lo que más me hizo sufrir cuando era niña. Más que su pasividad con el amante de mamá. ¿Habéis pensado en algún momento por qué no tenía amigos? ¡Ni uno solo! No podía. Era incapaz de mantenerse en un plano de igualdad con ellos. Y no porque supieran o barruntaran lo de su mujer, que yo imagino que muchísimos acabarían estando al cabo de la calle, sino porque era débil, tremendamente débil, algo que nadie con sangre en las venas podía respetar. ¡Debilidad y poca hombría que causaban una invencible repugnancia!

ANAÍS: (*Abofeteándola. Su hermana trastabilla, pero reacciona y ríe con histerismo.*) ¡Ríe, ríe lo que te dé la gana y mientras puedas! ¡En cuanto se haga de día, te voy a perder de vista! ¡A ti y a esta casa odiosa! ¡Me iré de aquí y no volveré más!

PERLA: Por favor, no sigáis...

CORDELIA: (A *ambas*.) Os habéis llevado una auténtica sorpresa, ¿a que sí? (Se *mueve exultante por el salón*.) ¡Yo también! Comprendo por primera vez el origen de mis males. ¿Sabéis lo que me hacía falta? ¡Echar fuera esta suciedad, que desde niña me estaba envenenando! Ni tranquilizantes, ni médicos, ni buenas palabras... ¡La verdad pura y desnuda, por fea que pueda resultar y por monstruosa que yo parezca a vuestros ojos! Vuestra hermana mayor no se enteraba de nada, ¿no? Vivía en su mundo particular, en el que no dejaba entrar a nadie... (Feroz. *Voz en crescendo*.) Pues vuestra hermana mayor, ¡yo! (se *golpea el pecho con el pulgar*), enteraos de una puñetera vez y para siempre, toda la vida ha servido de parapeto a la familia, el puto chivo expiatorio sobre el que cargar todas las culpas. ¡Y nadie tuvo consideración con ella, ni se preocupó jamás! Y ahora... ¡nos hacemos de nuevas! Mamá me tenía como un trapo de fregar, sin poderme ver ni soportar. Y papá... ¡Papá! Con ese comportamiento sinuoso, con el que no había manera de relacionarse y sin poder saber lo que pensaba, que había que ser bruja para adivinarlo. Mientras tanto, vosotras ¿qué hacíais? (A *ANAÍS*.) Tú, sacándote tu buena carrera y triunfando por el mundo. ¡Qué comodidad, sin que nadie te molestara ni te pidiera cuentas! (Casi *a la cara*.) ¿Y qué has conseguido, en realidad? ¡Nada, fuera de un trabajo

bien pagado! (*A la oreja. Modulando la voz, como en secreto.*) Tu jefe... sí, sí, tu jefe... ya no te hace ningún caso, como sabes... Se entretiene con esa jovencita que acaba de entrar en la firma y que no sabe hacer la o con un canuto, aunque a él le da perfectamente igual, porque tiene lo que tu jefe más valora: ¡un culo y un par de buenas tetas!

ANAÍS. (*Blanca como el papel.*) ¿Quién... quién te lo ha contado...?

CORDELIA: Hijita mía, aquí, entre cuatro paredes, se entera una de más cosas de lo que sería conveniente. Y existe un aparatito que se llama teléfono. Sin olvidar que las noticias jugosas siempre encuentran un oído receptivo... (*Misteriosa.*) Tienes enemigos muy cerquita. Por uno de esos enemigos, o enemigas (y no me preguntes quién es porque no te lo voy a decir), lo he sabido todo. El distanciamiento con tu jefe, que ha ido aumentando los últimos meses, según esa chica iba haciendo paralelamente sus progresos, que ahora, ¡ay!, da la impresión de que son definitivos. La cara de circunstancias que ponías, tu disimulo y tu rabia, dado que no podías hacer otra cosa. Y la risa de ambos en cuanto desaparecías de su vista. Mientras ellos, ¿te imaginas a qué se dedicaban en cuanto salías por la puerta? ¿Por qué te crees que tu jefe te envía al extranjero? ¿Por tu valía, por tu dominio del inglés... o para estar los dos más a sus

anchas? *(Con particular saña.)* Y ¿a qué piensas que se dedicarán mientras tú estás en reuniones del máximo nivel, abriendo mercados por esos mundos de Dios? Y metiéndoles, dicho sea de paso, un dinero en el bolsillo que van a gastar dándose la gran vida, bien juntitos y felices. Aunque, eso sí, seguro que tu jefe, con lo atento y detallista que es, ¿a que sí?, te regalará por Navidad un perfume o un pañuelo...

ANAÍS: *(Tapándose los oídos, incapaz de soportar lo que oye.)* ¡Calla, calla...! ¡No lo aguanto! *(Destrozada y abatida, se sienta con el rostro entre las manos.)*

PERLA: *(A CORDELIA.)* ¡Déjala en paz!

CORDELIA: *(A PERLA.)* ¿Qué crees? ¿Qué hablo por resentimiento? *(Risa ligera.)* Pues tienes razón: estoy absolutamente resentida. Contra todo y contra todos. Contra ti también. ¿Sabes cómo te consideran en la ciudad?

PERLA: Lo sé perfectamente. Y también sé que me da igual.

CORDELIA: Ya sé que te da igual. Tienes hecha una coraza, como Anaís. La suya es la elegancia, la eficiencia. Y que se puede conceder cualquier capricho. Todo el mundo la envidia. *(La señala.)* Pero ya ves a la postre de qué le sirve. Lo único que desea, ¡un hombre!, está fuera de su alcance. Haga lo que haga, y ella lo sabe, no lo

conseguirá. Una chica vulgar, que no se arregla ni viste como ella, que no tiene su cultura, pero que es joven, rabiosamente joven, ha conseguido destronarla. Ahora mismo, se cambiaría por ella sin dudarlo. ¿Verdad, Anaís? Y tú te has hecho cínica, desvergonzada. Ésta es tu protección y con ella vas pisando fuerte.

PERLA: No tengo que dar cuentas a nadie. Hago exactamente lo que me apetece y santas pascuas.

CORDELIA: ¿En serio? ¿Y cuánto crees que vas a durar así?

PERLA: *(Entre impactada y desafiante.)* Últimamente, te lo reconozco, me siento algo aburrida. ¡Pero puedo cambiar! De repente, si quiero, me vuelvo modosita y engatuso al que me dé la gana. Los hombres, recuerda, son mi especialidad. Y recursos, todavía, no me faltan. Aunque no me engaño: el tiempo corre. Pero no hago de ello un drama. Sé que terminaré sola y no me importa. *(Acusatoria.)* ¿Y cuál es tu protección? ¿Nos la querrás decir?

CORDELIA: *(Con turbia sonrisa.)* La he necesitado, pero ya no. No, desde esta noche. Y lo he conseguido gracias a vosotras. Miro hacia atrás y me río de mí misma. Me parece ridículo haberme tomado la vida con tanta solemnidad.

PERLA: *(Punzante.)* ¿Ya no te importa Julián?

CORDELIA: (*Ligero espasmo, señal de que el recuerdo aún le afecta.*) Sé que no volverá. (*Con resquemor.*) Vosotras lo habéis hecho posible. (*Alza arrogante la cabeza.*) ¡Pero sabré sobrellevarlo! Sacaré la fuerza necesaria de donde sea.

PERLA: No me digas.

CORDELIA: ¿Te molesta?

PERLA: Sólo me causa extrañeza. Una persona se muestra de una manera y, de repente, cambia. Me va a parecer rarísimo. (*Irónica.*) ¿Nos darás tiempo a acostumbrarnos?

CORDELIA: (*Con orgullo.*) El resto de vuestra vida.

PERLA: (*Sin énfasis.*) Cuánto me alegro. Lo que quiere decir que, en tu nuevo estado de conciencia, no te importará que me haya acostado en su día con tu Julián.

(*Sensación de CORDELIA, que tarda en reaccionar.*)

CORDELIA: ¡Cerde! Siempre supe que tuvo que ocurrir algo. ¡No quiero volver a verte! ¡Fuera de mi casa!

PERLA: (*Con calma.*) También es la mía. Y de Anaís. Aunque me parece que también me iré. (*Despegada mirada alrededor.*) Nunca me ha gustado esto. Ni cuando vivían papá y mamá, ni ahora. Estás enferma, Cordelia.

Pero no de la enfermedad que te ha venido sirviendo de excusa, que eso es de lo que te has servido: tu coraza, como la llamas. La mía ya has dicho cuál es. Lo has expresado perfectamente. La de Anaís (*la señala, encogida en el sillón*), en esto también tienes razón, ha sido el éxito, que ya vemos que no le sirve para nada y que lo cambiaría por unas migajas de amor, aunque fuera falso... Dejaría de lado su orgullo solamente con que su jefe le hiciera un poco de caso, por más que siguiera entreteniéndose con la otra...

ANAÍS: ¡Cállate! ¡No sigas hablando de esa forma o no respondo!

PERLA: (*A CORDELIA.*) Eres la peor de las tres. La más sufrida, sí. La más desvalida. Y también la más patética. Nunca le diste nada a nadie, ni a ti misma. Eres una inválida moral. Anaís, la pobre, ha querido dar amor. Y yo también, a mi manera. Al menos, lo hemos intentado. ¿Y tú? ¿Qué has dado, salvo un lamentable ejemplo de autocompasión? Eres egoísta. Tan egoísta, malvada y pagada de ti misma como no he conocido a nadie igual. Lo del anónimo ya lo creo que fue una venganza. Pero no del tipo que tú dices. Era venganza sin motivo, sin fundamento. Porque sí. Para darte gusto y satisfacer tu perversión. ¿Y qué le diste a Julián? ¡Tu ejemplo inalcanzable, que no se sentía capaz de igualar y por eso salió corriendo...!

CORDELIA: ¡Él me quería!

PERLA: Al principio. Pero ¿por qué crees que acabó viniendo a mí? Te puedo garantizar que no moví un dedo para que se me acercara. Me daba pena. No la pena o el desprecio que me dan todos los hombres, sino algo diferente, quizá por descubrir que era víctima de tu debilidad. Una debilidad que, en el fondo, era arrogancia.

CORDELIA: ¡Tú me lo quitaste! ¡Y también Anaís! ¡Jamás me habéis podido soportar! ¡Os pusisteis de acuerdo para hacerme desgraciada, porque me teníais envidia! Perdí el cariño de papá, el de mamá y, luego y siempre, cualquier afecto que pudiera conseguir. ¡Y ahora mismo me queréis quitar mi propia estima...!

ANAÍS: (Se *recobra*.) Perla tiene razón. Y te voy a confesar algo: a mí también se me acercó Julián. De otra manera, sin que mediara nada físico...

CORDELIA: ¡Mentira!

ANAÍS: Ya lo creo que es verdad. El pobre buscaba en mí, en nosotras, lo que no le estabas dando. ¿Sabes lo que te atrajo de él? Yo te lo diré. La misma debilidad que papá, el mismo aspecto de perro apaleado. Idéntico pedir perdón simplemente por existir. ¿Y quieres saber lo que de verdad no le perdonas? No el que momentáneamente mirara a tus hermanas, que vamos a reconocer que lo ignorabas...

CORDELIA: ¡Claro que no lo sabía! ¿Cómo querías que lo supiera?

ANAÍS: ... Sino que, a diferencia de papá, al marcharse tuvo un último resto de dignidad. Bien es cierto que le faltó valor para decírtelo, aunque te conocía lo suficiente como para adivinar que le saldrías con un último ejemplo de abnegación. Le habrías permitido que se fuera, pero sintiéndose horriblemente culpable por hacerlo. Es tu especialidad, como él llegó a descubrir. Nadie, hiciera lo que hiciera, podría estar nunca a tu altura. Has sido siempre nuestro juez. Tú decías lo que había que hacer, lo que había que decir. Cómo nos teníamos que comportar. Pero, claro, llega un momento en que las personas crecen y el mundo nos atrae con más fuerza que los principios de familia. Y comenzaste a explotar tu “enfermedad”. Yo triunfaba y Perla... Perla también, aunque de otro modo. A ti sólo te quedaron los celos, la rabia, que volcaste sobre papá y mamá y sobre nosotras. Y sobre el pobre Julián, al que yo por lo menos envidio por haber escapado a la trampa mortal que tú eres.

CORDELIA: *(Reacciona, remedando un aplauso.)*
¡Fantástico, maravilloso! El mejor discurso que he oído en toda mi vida. Con razón, eres la inteligente de la casa. Yo no habría sido capaz de ser tan profunda y tan... funesta.

ANAÍS: (*Con cansancio.*) Por favor... Deja de explotar su debilidad... o tu fortaleza. Ya casi no las diferencio...

(*Ambas la ignoran.*)

ANAÍS: Me voy a dormir... (*Hace ademán de levantarse.*)

PERLA: (*La retiene. Con temor.*) ¿Me dejas... me dejas que mañana te acompañe?

ANAÍS: (*Agradablemente sorprendida.*) ¿De verdad? ¿Quieres venir? Estaré casi todo el tiempo reunida...

PERLA: No me importa. Me vendrá bien desconectar unos días. Pasearé...

ANAÍS: Me encanta... Me daba un poco de... repelús ir sola.

CORDELIA: (*Celosa.*) Vaya... Una alianza en toda regla. (*Falsamente alegre.*) Bueno, tendré toda la casa para mí. (*Insegura ante el vacío que le hacen las hermanas.*) ¿No os preocupa lo que haga? ¿Y si vuelvo a...?

ANAÍS: Es mejor que no sigas hablando.

CORDELIA: Ah, bien. Es la nueva situación. Tendré que aceptarla. Puedo entenderlo, pero reconozco que me duele. Ahora soy la mala... (*A ANAÍS. Titubeante.*) Dime la verdad: si volvieras... si volvieras a encontrarme... como me encontraste...

ANAÍS: (Seca.) Haría exactamente igual.

CORDELIA: (A PERLA.) ¿Y tú?

PERLA: Soy tu hermana.

CORDELIA: Por eso mismo.

PERLA: Sabes que sí.

CORDELIA: ¡Vamos...! ¿Qué os pasa? Hemos hablado demasiado y dicho lo que no pensábamos. Estábamos excitadas. No hay por qué hacer un drama. ¿En qué familia no hay desavenencias? Lo olvidamos y en paz.

PERLA: Claro. Vivamos con nuestros pecados. Todo el mundo los tiene, ¿no es así? Lo maduro es aceptarlos como si nada. Ser inmoral tiene grandes ventajas. Quién como yo para saberlo.

ANAÍS: Me caigo de sueño. (*Se levanta, dirigiéndose a la izquierda. De repente, se detiene clavándose en el sitio. Medio girándose.*) Perla... cuando... cuando murió mamá... ¿Te acuerdas de lo que hablamos? El frasco... las pastillas...

PERLA: Sí...

ANAÍS: (A CORDELIA.) Tú fuiste la última que vio a mamá con vida.

CORDELIA: ¿Yo? No, fuiste tú. Murió en tus brazos.

ANAÍS: (*Sacude violentamente la cabeza.*) ¡No, no, no...! Habías estado tú con ella y acababas de irte a descansar. Yo llegué justo después, a tiempo de...

CORDELIA: Bueno, quizá...

ANAÍS: ¡Quizá no, seguro! El frasco de tranquilizantes estaba lleno por la mañana y, por la noche, cuando me senté a su lado para cuidarla, vacío... Perla se fijó. Y yo.

PERLA: ¡Es verdad!

CORDELIA: (*Pausada.*) Tenéis razón... Yo también me di cuenta. ¿Sabéis...? Creo que todas estuvimos de acuerdo en no mencionarlo. ¿No fue así? ¿Por qué sacarlo ahora? Pobre mamá, estaba desesperada... (*Se refugia en una especie de halo invisible.*)

ANAÍS: (*Encarándola.*) ¡Vas a jurarme ahora mismo, por lo más sagrado, si hay algo sagrado para ti, que no la obligaste...!

PERLA: (*Arrodillándose ante ella.*) ¡Cordelia, por lo que más quieras! Dime por favor que tú no fuiste...

CORDELIA: ¿Me creeríais?

PERLA: ¡Sí!

CORDELIA: (*A la otra.*) ¿Y tú?

PERLA: (*A ANAÍS.*) ¡Dile que tú también la creerías!

(*CORDELIA se aparta de sus hermanas.
Largo silencio, lleno de tensión.*)

CORDELIA: (*Muy lentamente.*) ¿Cuánto habría durado mamá de no tomarse las pastillas? ¿Meses, años...?

(Desolación y espanto de las otras.)

CORDELIA: *(Hierática, sin emoción.)* Ya no podía soportar sus gritos. Era superior a mis fuerzas. Un poco más y me habría vuelto loca. Fue lo mismo que pasó con papá. Sobre mí recaía todo la carga. Yo dormía como mucho cuatro o cinco horas al día, y no de manera seguida. Llevaba meses así, estaba hundida. Lo hice por mí, de acuerdo. Pero también por ella. ¿Qué podía esperar mamá ya de la vida? Sufrimiento. Y hacernos sufrir a sus hijas.

PERLA: *(Horrorizada.)* ¿Por qué no nos pediste ayuda?

CORDELIA: ¿A quién? ¿A ti? ¡Si casi no sabíamos dónde estabas! No pisabas por casa. Ni siquiera llamabas por teléfono. Costó un triunfo localizarte esa noche.

ANAÍS: Yo habría prolongado mi permiso. Te lo dije...

CORDELIA: Me lo dijiste, claro. Pero con el bolso al brazo y la mano en el picaporte. Estabas deseando volver al trabajo. *(Con afectación.)* Mamá enseguida descansó. Y yo también. *(A ANAÍS.)* No sufrió, pudiste verlo. *(La expresión de su hermana le hace dudar.)* Es lo que dijiste... ¿No fue así?

ANAÍS: *(Gritando.)* ¡No, no fue así! ¿Quieres saber cómo pasó? Os conté que mamá cerró los ojos y se quedó

como dormida. (*Solloza.*) Pero lo cierto es que se congestionó y no podía respirar... Me miró, pidiendo ayuda... Yo estaba como paralizada... Intenté algo, no sé... Le desabroché el camisón, creo que la pegué para que reaccionara... Noté una expresión de odio... Ahora entiendo... Ella adivinó lo que pasaba... Y pensó... pensó que las tres nos habíamos puesto de acuerdo para... para... (*Se desata en llanto.*)

CORDELIA: ¡Cuanta virtud y cuánto sentimiento por tu parte! ¿Me vas a decir ahora, y tú también (*a PERLA*), que no sentisteis alivio cuando mamá abandonó este perro mundo? ¿Me queréis convencer, en serio, de que habríais deseado que viviera?

PERLA: (*Sobrecogida.*) Yo me alegré de que dejara de sufrir... Pero no pude sospechar y tampoco habría querido... Admito mi culpa, sin embargo... De no haber sido tan frívola, tan egoísta... Soy tan culpable como tú... Las tres somos culpables... (*Se abraza a ANAÍS, las dos llorando.*)

CORDELIA: (*Triunfante.*) ¡Por fin! Las tres somos culpables, tú lo has dicho. ¡Deseaba tanto oírlo! No sabéis cuánto he llegado a aborrecerme... (*Cambia totalmente de registro.*) Somos hermanas y debemos ser también amigas... (*A ANAÍS.*) Tú me salvaste cuando no podía más de remordimiento... No he dejado de estarte agradecida,

aunque no haya sabido manifestártelo... Perdóname... Perdonadme las dos... ¡Yo también os lo perdono todo! Os perdono lo de Julián, y os lo perdonaría un millón de veces... Ahora veo claro lo importante... ¡Nosotras somos lo importante! No te preocupes, Anaís... Tampoco tú, Perlita... Al regreso de vuestro viaje, os estaré esperando... Cuidaré la casa en vuestra ausencia... La limpiaré de arriba abajo... Mandaré que la pinten y cambiaré también los muebles... Tiraré estas cortinas horrorosas y abriré las ventanas para que entre la luz por la mañana... Todo será más moderno, más alegre... Convertiré esto en un hogar auténtico... ¡Ya lo veréis! Nos reiremos del pasado... En adelante, todo será distinto... Nos lo contaremos todo y no volverá nunca a haber secretos entre nosotras... ¡Todavía somos jóvenes! Usaremos a los hombres como ellos nos han usado a nosotras... Hemos sufrido, cada una a su manera... Pero era necesario, ahora lo veo, para empezar a cosechar los frutos... ¿Por qué lloráis...? (*Desquiciada.*) ¡No lloréis! ¡Quiero que seáis felices, que lo seamos las tres! Somos hermanas y estaremos siempre juntas... Ya no habrá nadie que pueda separarnos...

TELÓN